

LA DANZA DE LAS ARAÑAS

CLARK CARRADOS

Johnny escorzó la cabeza y miró hacia arriba. Un espantoso terror se apoderó de su ánimo en el acto.

La araña bajaba hacia él sin prisas, segura de su presa. Johnny empezó a gritar y a pedir socorro.

Su brazo izquierdo estaba todavía libre. En uno de los bolsillos tenía un pequeño cortaplumas. Podría cortar alguno de los hilos…

Pero la monstruosa araña seguía acercándose. Johnny buscó a Ethel con la mirada.



Clark Carrados

La danza de las arañas

Bolsilibros: Selección Terror - 94

ePub r1.0
xico_weno 13.02.16

Título original: *La danza de las arañas*
Clark Carrados, 1974
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPITULO PRIMERO

Los dos jóvenes corrían y saltaban alegremente por el prado esmaltado de florecillas multicolores. Johnny Kincaid tenía poco más de veinte años y Ethel Weiss acababa de cumplir los dieciocho. Estaban locamente enamorados el uno del otro y ya hablaban de construir su hogar, especialmente cuando Johnny hubiese obtenido su licenciatura en leyes, para trabajar al lado de su padre.

Hacía un sol radiante y el tiempo era espléndido. El cielo estaba surcado de blancas nubecillas, que conferían un tono aún más vivo al azul con el que contrastaban. En el prado abundaban los árboles añejos: hayas, castaños y robles, con algún alerce, que en ocasiones alcanzaban una altura realmente excepcional.

Johnny y Ethel eran felices. Jugaban como chiquillos, pero eran ya hombre y mujer. De pronto, ella, jadeando y casi sin aliento, se dejó caer sobre la hierba.

Johnny se tendió a su lado y la abrazó estrechamente. Ethel rió y protestó:

—Déjame, Johnny… No seas impetuoso…

Pero eran unas protestas muy poco convincentes. Los labios de los dos enamorados se juntaron y, durante unos momentos, sólo hubo silencio en torno a ellos, rumor de la brisa y trinos de los pájaros.

De pronto, Johnny alzó la cabeza. Sonreía satisfecho.

—Eres la única mujer a quien amo. Nunca querré a otra, te lo juro.

—Johnny, cariño —musitó ella, ebria de felicidad.

Volvieron a besarse. De pronto, Johnny reparó en algo.

—¡Mira, Ethel, estamos cerca de la Casa de Carne! —exclamó.

—Ah, esa casa donde viven las tres viudas… Pobres, me dan una lástima… Tan jóvenes y ya viudas…

—Tuvieron mala suerte, en efecto —convino el muchacho—.

¿Por qué le llaman la Casa de Carne?

—Será por el color de sus paredes, ¿no crees?

—Sí, tal vez…

Una sonrisa apareció repentinamente en los labios de Johnny.

—¡Caramba, Ethel, mira qué hamaca tan estupenda! —dijo.

La muchacha se incorporó un tanto. A treinta metros del lugar en que se hallaban, había una gran red tendida de lado a lado, entre dos alerces de gran altura.

Johnny se puso en pie de un salto.

—La habrán puesto las viudas para jugar, cuando están aburridas —supuso.

Parte de la red desaparecía entre las primeras ramas de los árboles, los cuales, por otro lado, se hallaban ligeramente inclinados, como si hubiesen crecido defectuosamente.

—Parece una red de circo —dijo Johnny—. Aunque no sé a quién recogería, dada su postura casi vertical.

—Entonces, no puede ser para que jueguen las viudas —manifestó la chica.

—De todas formas, alguna diversión se le puede sacar. Voy a probar, cariño.

Johnny echó a correr hacia la red. Cuando estaba a un par de pasos, saltó y, al mismo tiempo, giró sobre sí mismo, al objeto de caer en las mallas. Lo hizo así y la red osciló suavemente adelante y atrás. Johnny agitó los brazos alegremente.

—¡Mira, Ethel, me sostengo fácilmente! ¡Anda, ven a jugar a mi lado!

Pero la muchacha, tras avanzar unos pasos, se quedó inmóvil, súbitamente aprensiva.

Aquella red, entre dos árboles, tenía una forma singular. Las mallas no formaban un cuadriculado regular. Eran más bien circulares, como si los hilos transversales partieran de un centro, desarrollándose en espiral a la vez que se apoyaban en los hilos radiales.

Johnny seguía meciéndose en la red, cuyos hilos, de un dedo de grosor, eran muy brillantes, irisados en ocasiones.

A Ethel, la red le hizo pensar en otra cosa.

De súbito, lanzó un agudo grito:

—¡Johnny, ven a mi lado! ¡Inmediatamente, te lo ruego!

Había una nota de angustia en la voz de la muchacha. Johnny dejó de sonreír.

—Pero ¿qué te pasa…?

—¡Ven! —chilló ella.

De súbito, algo oscuro y velludo apareció en una de las ramas bajas del alerce de la izquierda del muchacho.

—¡Johnny, corre, corre…! —gritó Ethel.

El muchacho se asustó. Quiso dejar la red, pero no pudo.

Forcejeó. La red se agitó con fuerza.

Otra cosa larga, oscura y velluda apareció junto a la primera. Ethel chillaba desesperadamente.

—¡Corre, Johnny, corre!

Johnny hacía esfuerzos inauditos para despegarse de la red. Tiró de un hilo con la mano derecha… ¡y la palma de la mano y los dedos se le pegaron al hilo!

La cosa velluda y oscura se hizo visible casi por completo. Encima de la cabeza de Johnny se oyó un rápido y siniestro tableteo.

Johnny escorzó la cabeza y miró hacia arriba. Un espantoso terror se apoderó de su ánimo en el acto.

La araña bajaba hacia él sin prisas, segura de su presa. Johnny empezó a gritar y a pedir socorro.

Su brazo izquierdo estaba todavía libre. En uno de los bolsillos tenía un pequeño cortaplumas. Podría cortar alguno de los hilos…

Pero la monstruosa araña seguía acercándose. Johnny buscó a Ethel con la mirada.

—¡Ethel, ve al pueblo a pedir socorro! —gritó.

La muchacha, sin embargo, ya no le oía. Estaba tendida en el suelo, desmayada a consecuencia del terror que le había inspirado aquella espeluznante visión.

De súbito, la araña se lanzó al ataque, recorriendo con velocidad centelleante los pocos metros que le separaban de su presa. Johnny luchó y forcejeó con el brazo libre, peleándose con aquellas velludas patas que pretendían apoderarse de él, mientras sentía un asco infinito al percibir el dulzón olor que se desprendía del gigantesco artrópodo. De súbito, los artejos de la araña alcanzaron su yugular.

Un horrible alarido se expandió por la arboleda. A los pocos momentos, Johnny había dejado de moverse.

* * *

Una atildada enfermera acompañó a Nevil Ellis hasta el despacho del doctor Hatherman, director del Sanatorio Psiquiátrico del Estado. El doctor Hatherman se puso en pie para recibir a su visitante.

—¿Cómo está usted, doctor Ellis? —saludó cortésmente.

El visitante sonrió.

—Doctor, temo que me aplica un tratamiento inadecuado —manifestó—. No soy licenciado en medicina y especializado en psiquiatría, sino, simplemente, un oficial de policía del Estado que ha estudiado con cierto aprovechamiento esa rama médica y al que sus superiores le han conferido, harto gratuitamente, el título de especialista psiquiatra policial, no forense, por supuesto.

—Entiendo —sonrió Hatherman—. El error proviene del anuncio que me hicieron cuando me previnieron de su visita. Dijeron que vendría un psiquiatra de la policía y…

—Bien, yo suelo intervenir en casos en los que la psiquiatría tiene un papel preponderante, aunque, por supuesto, me fío siempre de las opiniones y diagnósticos de autoridades en la materia. Como usted, doctor Hatherman.

El psiquiatra inclinó ligeramente la cabeza, como agradeciendo las palabras de su visitante. Luego se reclinó en su sillón, apoyó los codos en los brazos del mueble y juntó las yemas de los dedos.

—Bien, señor Ellis…, ¿o debo darle algún tratamiento oficial?

—Soy sargento, pero si omite el título, no me ofenderé —rió el visitante—. Mis jefes me han encargado investigar un caso que parece particularmente oscuro. La paciente está internada en este centro y tengo entendido que sufrió un enorme *shock*, que la ha sumido en un estado nada agradable. Me refiero a la señorita Ethel Weiss, de cuyo caso le supongo ampliamente informado.

Hatherman asintió.

—Sí, un caso muy complicado —dijo—. Y lo peor de todo es que dudo mucho de que Ethel tenga curación. Ahora se halla sumida en un estado catatónico casi completo, con un oscurecimiento mental absoluto, de tal modo, que no ve, ni aún con los ojos abiertos, ni oye, ni hace apenas ningún movimiento. Debió de ver algo espantoso, créame.

—Y ella, inconscientemente, se refugia en ese estado, porque no

quiere revivir las imágenes que presenció.

—Exacto, amigo Ellis. Su estado es consecuencia de una orden que el subconsciente de Ethel ha dado a su mente. No quiere recordar, no quiere saber más de aquello que vio aquel día, hace algunas semanas, en uno de los bosques de Hynorad. Eso sucede con alguna frecuencia, aunque debo confesar que pocos casos he visto tan agudos como el de la señorita Weiss.

—Tengo entendido que vio morir a su prometido, devorado, o atacado, por una araña gigantesca. ¿No cree, doctor Hatherman, que puede tratarse de una fábula?

—Que vio una araña, que el suceso de que fue víctima su prometido tuvo como otro actor a una araña, no cabe la menor duda. En todo caso, las dudas estriban en el tamaño del arácnido. Ésta no es tierra de tarántulas y, aun así, uno de esos bichos no tiene un tamaño superior, con las patas totalmente extendidas, a los diez o doce centímetros.

—El muchacho pudo recibir una picadura de la araña y morir envenenado —apuntó Ellis.

—El veneno de las arañas sólo en raras ocasiones mata a las personas y, en general, los casos mortales son de personas débiles, enfermas o con deficiencias cardíacas o respiratorias.

—Sin embargo, Johnny Kincaid murió, doctor.

—Yo no vi su cadáver ni le hice la autopsia, amigo Ellis. Únicamente me cuido de Ethel, aunque, como es lógico, se me puso en antecedentes de todo lo que podía haber motivado su estado actual. Pero después de seis semanas, la pobre chica continúa como el primer día. Sólo es un vegetal viviente.

Ellis meneó la cabeza.

—Sí, tiene usted razón —murmuró—. ¿Podría visitarla, doctor? —solicitó.

Hatherman se puso en pie.

—No faltaría más, sargento —accedió amablemente.

CAPITULO II

Una enfermera abrió la puerta. Ellis divisó una estancia blanca, con una cama, una mesa y algunos otros muebles. Había un sillón ocupado por una muchacha de mirada perdida en el espacio.

—Ethel —llamó el doctor Hatherman.

La muchacha no pareció oírle. Ellis se sintió hondamente impresionado al ver a una joven, en la flor de su edad, convertida en una cosa inanimada, en la que sólo se advertían los movimientos naturales de la respiración.

Hatherman se volvió hacia el visitante.

—Pruebe usted —indicó a media voz.

Ellis avanzó unos pasos y se arrodilló junto al sillón.

—Ethel —dijo.

La muchacha continuó en la misma postura. Parecía petrificada.

—Ethel, soy un amigo tuyo. He venido para ayudarte, para que nos digas quién mató a Johnny. El asesino debe ser castigado…

Se volvió hacia el psiquiatra.

—A veces, estimular el sentimiento de venganza, aunque no sea demasiado ético, puede dar algún resultado —se justificó.

Hatherman asintió. Ellis se dirigió nuevamente a la chica:

—Tú querías a Johnny. Alguien le mató. Debe hacerse justicia. ¿Conoces al asesino?

Repentinamente, los labios de Ethel se entreabrieron.

Hatherman adelantó el torso. «Va a hablar», pensó.

—Vamos, Ethel, di algo —insistió Ellis—. Es preciso encontrar al asesino…

—La… ara… ña… —tartamudeó Ethel.

De repente, todo su cuerpo sufrió una fortísima convulsión.

—¡Johnny! —Gritó con toda la potencia de sus pulmones—. ¡No te acerques a la red! ¡Es una tela de araña!

Las manos de la chica se aferraban convulsivamente a los brazos

del sillón.

—¡Huye, corre… la araña… la araña…!

Hatherman retrocedió un paso. La enfermera aguardaba en el umbral.

—Un sedante, rápido —pidió Hatherman.

La enfermera echó a correr. Ellis sujetaba a Ethel por los brazos. La muchacha, sin embargo, parecía tranquilizarse.

—La araña… atacó.

De súbito, Ethel dobló la cabeza sobre su pecho. Hatherman se acercó a ella y tomó su pulso.

—Ha perdido el conocimiento —dijo.

Ellis se puso en pie.

—Temo que he metido la pata —se lamentó.

Hatherman hizo un gesto negativo.

—Puede que su acción haya dado resultado —dijo—. De todas formas, lo sabremos muy pronto, cuando se recobre de este desmayo. En seis semanas es la primera vez que habla, lo cual no deja de ser reconfortante, aunque haya padecido mentalmente mucho.

La enfermera vino con una bandejita en la que había todo lo necesario para poner una inyección calmante. Hatherman levantó una mano.

—Esperemos un poco —dijo—. Quiero observar sus reacciones cuando despierte.

A los pocos minutos, Ethel abrió los ojos.

—La araña… Johnny, Johnny querido… —gimió.

De pronto, se puso a llorar. Era un llanto amargo, rebosante de aflicción, el llanto de una persona al perder un ser querido.

—Bueno, si llora, debo alegrarme —sonrió Hatherman—. Sargento, estoy por decir que ha obrado usted un pequeño prodigio y que sus estudios de psiquiatría son más profundos de lo que podría creerse.

—Las personas suelen responder casi siempre a determinados estímulos, relacionados con su situación o la dolencia que padecen —contestó Ellis—. ¿Qué hará con ella ahora?

Hatherman pidió la jeringuilla.

—Le pondré solamente la mitad de la dosis —dijo—. Necesita un poco de tranquilidad, pero dentro de seis o siete horas, creo que se

habrá recuperado considerablemente.

—Ojalá deje de hablar entonces de arañas —deseó Ellis.

Llegó otra enfermera y con la anterior acostaron a Ethel. Los dos hombres volvieron al despacho del director.

—Hablaré con el médico de Hynorad —dijo Ellis—. Es de suponer que él vio y examinó el cadáver de Johnny y podrá darme un informe completo al respecto. Hynorad, tengo entendido, es un pueblo de pocos habitantes y éstos, probablemente, no deben de estar demasiado evolucionados en algunos aspectos.

—Me parece que no podrá ver al médico de Hynorad —contestó Hatherman—. Según mis noticias, falleció hace cosa de un mes. Pero, por supuesto, alguien podrá darle los informes que necesita, sargento. Y ojalá aclare el caso de una forma satisfactoria.

* * *

El coche se detuvo delante de una casa de modesta apariencia, aunque limpia y bien cuidada, cuya fachada delantera estaba adornada por profusión de tiestos y jardineras llenos de flores. Sobre la puerta, había un rótulo que indicaba precisamente lo que Ellis buscaba:

MARSHALL’S

OFFICE. Y debajo, en letras más pequeñas: S. Murphy. Así supo Ellis el nombre del representante de la ley en aquella pequeña aldea, casi perdida en las profundidades del estado de Virginia.

Ellis abrió la portezuela. Cruzó el diminuto jardín de la entrada y empujó la puerta un poco.

—¿Se puede pasar? —consultó.

—¡Adelante y bien venido a Hynorad, forastero! —contestó una fresca y vibrante voz femenina.

Ellis abrió del todo. Delante de él, una esbelta joven, de unos veinticinco o veintiséis años, de pelo de color de trigo maduro y ojos grises, se puso en pie.

—Busco al marshall Murphy —manifestó Ellis, un tanto sorprendido por la presencia de la joven en el despacho.

Ella sonrió maliciosamente.

—Lo tiene delante de usted, forastero —contestó.

Ellis respingó.

—Oiga, no me diga que…

La joven se inclinó, abrió un cajón y sacó una estrella de seis puntas, que se colocó sobre el bien contorneado seno izquierdo.

—Soy el marshall Spring Murphy —dijo ella—. Por cierto, todavía no conozco su nombre, señor…

—Espere, deje que me recobre un momento de la sorpresa. No me dijeron que el marshall de Hynorad era una mujer. Y no quiero añadir ningún calificativo, para que no me confunda usted con un galanteador profesional, señorita Murphy. Mi nombre es Nevil Ellis, sargento de la policía del Estado y especialista en psiquiatría.

—Oh, el sargento Ellis. Me anunciaron que vendría aquí… ¿Puedo serle útil, sargento? Pero, siéntese, por favor, si se ha recobrado ya de la sorpresa. A menos que las rodillas hayan perdido su juego, claro.

Ellis rió suavemente.

—Es usted encantador, marshall —dijo de buen humor—. Pero no entiendo cómo una chica…

—Esa chica —cortó Spring—, se graduó en leyes hace dos años y posee, suplementariamente, los diplomas correspondientes a sendos cursos intensivos de criminología y puericultura y primeros auxilios médicos. ¿Le satisface la explicación, sargento?

—Metafóricamente, aunque no de un modo efectivo, ya que no uso sombrero, me descubro ante usted, y le presento mis más sinceras excusas, señorita… perdón, marshall Murphy —dijo Ellis, muy serio.

Los ojos de Spring chispeaban.

—Le perdono, sargento —contestó—. No es usted el primero que se pasma al verme detrás de esta mesa, se lo aseguro. Y ahora, si ha venido en misión oficial, dígame lo que sea y me sentiré muy complacida de ayudarle.

—Se lo diré en seguida, señorita: He venido a causa del caso de la araña.

Spring dejó de sonreír en el acto.

—Siéntese, sargento, por favor; a veces, yo también soy mal educada —se disculpó.

* * *

Spring llenó dos pocillos de una cafetera eléctrica. Ellis agradeció el gesto.

—Así que Ethel mejora considerablemente —dijo al cabo de un rato, cuando él ya había explicado en parte lo que había hecho hasta el momento.

—Aún le conviene un tiempo de estancia en el sanatorio, pero el doctor Hatherman está seguro de que llegará a curar por completo. Es una mujer joven, sana, fuerte; vio algo muy horrible, pero su misma constitución la hará volver un día a ser lo que era.

—Sin Johnny —musitó Spring.

—¿Le conocía usted?

—A los dos. Eran una pareja encantadora… Le aseguro que no lo pasé bien cuando tuve que ver el cadáver.

—Explíqueme cómo sucedió, por favor.

—Bueno, recibimos un aviso telefónico de la Casa de Carne…, ése no es el nombre, por supuesto, pero todos, en Hynorad, la llamamos así. Está a casi seis millas al noroeste de la población y desde allí vieron dos cuerpos inmóviles. Les extrañó que permaneciesen quietos durante tanto rato y por ello nos avisaron. Entonces fue cuando encontramos a Johnny muerto y a Ethel sin sentido. A Ethel tuvimos que enviarla al sanatorio y, en cuanto al pobre Johnny…

—¿Le vio usted?

—Sí. Estaba desangrado por completo. Algo espantoso, créame.

—Tengo entendido que el doctor Poulsen reconoció el cadáver. ¿Tiene usted el informe de la autopsia?

Spring movió negativamente la cabeza.

—No —contestó.

—¿Por qué? —quiso saber Ellis.

—El doctor Poulsen dijo que Johnny había sido atacado por un animal desconocido, que le había cortado la yugular. Ésa fue su versión oficial y verbal. Lo que me dijo a mí, privadamente, es demasiado horrible para repetirlo. Cada vez que lo recuerdo, se me revuelve el estómago, se lo aseguro.

Spring tomó un nuevo sorbo de café.

—El doctor Poulsen no quería que lo tomasen por loco; por eso se limitó a decir lo de la alimaña —continuó—. A mí me dijo que, en el interior del cuerpo de Johnny, salvo los huesos, cubiertos por la piel, no quedaba casi nada.

Ellis respingó.

—¿Quiere decir que… la araña succionó todo el contenido del cuerpo de Johnny?

—Sargento, ¿sabe usted lo que es digestión exógena?

Ellis se pasó una mano por la cara.

—No, no… sería demasiado horrible… —murmuró.

—Poulsen pensaba exactamente igual que usted. Pero era un hombre muy equilibrado, no era, en modo alguno, el clásico médico borrachín de pueblo que sale en muchas películas. Cuando decía algo referente a una cosa que había visto o examinado por sí mismo, podía creerse a ojos cerrados.

—¿Y por qué no mencionó la verdadera causa de la muerte de Johnny?

—Sargento, Hynorad es un pueblo pequeño, más bien una aldea. Póngase usted en el sitio de los padres de Johnny, trate de pensar cómo lo harían ellos, cómo lo harían muchos de los vecinos… y ahora, dígame si le gustaría saber que su hijo o su amigo, o el hijo de un amigo, había muerto de esa manera.

Ellis meneó la cabeza.

—Evidentemente, no —admitió—. Pero ¿no dejó el doctor Poulsen escrito nada sobre el hecho?

—Dijo que lo escribiría, pero yo no llegué a leer ese informe, si realmente llegó a redactarlo. Murió antes de haber transcurrido dos semanas de la muerte del pobre Johnny.

CAPITULO III

Ellis sacó cigarrillos y ofreció uno a la joven. Spring lo aceptó sin remilgos.

—¿De qué murió el doctor Poulsen? —preguntó Ellis, después de las primeras bocanadas de humo.

—Fue a pescar al rio, perdió pie y se ahogó. Su cadáver no ha sido encontrado —respondió Spring.

—Lástima. Una conversación con él habría resultado muy interesante.

—Respecto al caso, sin falsa modestia, yo sé todo lo que es preciso saber —manifestó la joven—. Por supuesto, estoy dispuesta a colaborar con usted en todo lo que sepa y esté a mi alcance.

—Mil gracias, señorita Murphy —sonrió Ellis—. ¿O prefiere que la llame marshall?

Sonriendo, ella se quitó la estrella del pecho.

—En Hynorad me conocen todos —dijo—. Sólo la uso en ciertas ocasiones.

—La delincuencia debe de ser inexistente en este pueblo.

—Algún borracho, los sábados, pero me ayudan los que están serenos —rió Spring—. Y, como pasa una carretera relativamente transitada, me ocupo de los automóviles a las horas de entrada y salida de la escuela. El caso de Johnny Kincaid es el de mayor importancia que he tenido desde que ocupo el puesto.

—Por votación popular, supongo.

—En cierto modo. Mi padre era el marshall anterior y murió hace un año. Nadie quería ocupar el puesto, de modo que, cuando lo solicité, se convocó a una asamblea de vecinos y me aceptaron. El sueldo no es grande, pero Hynorad me gusta mucho. Además, mi madre anda algo delicada de salud… En fin, me quedé con el cargo.

—Comprendo. Y lo celebro, señorita Murphy. ¿Le importaría que echase un vistazo al lugar del suceso?

—En absoluto. Pero temo que pudiera extraviarse, ya que no conoce el terreno y en algunos puntos es muy fragoso, aunque no haya montañas elevadas. Hoy ya es un poco tarde, aunque si no tiene inconveniente, mañana podría acompañarle.

—Será un placer, señorita —aseguró Ellis.

—Los padres de Ethel están muy contentos. Se lo deben a usted —dijo Spring.

—Hice lo que pude y deseo que esa chica acabe de curarse por completo. —Ellis se puso en pie—. Bien, no quiero molestarla más; voy a buscar un alojamiento…

—Lo siento, pero Hynorad es tan pequeño que ni siquiera tenemos hotel. Sin embargo, en mi casa hay una habitación para huéspedes, desocupada en estos momentos. A mí y a mi madre nos gustaría tenerle como invitado, sargento.

—Les daré demasiadas molestias…

—Por favor, no lo discuta más. Sólo quiero pedirle una cosa: no mencione el tema en presencia de mi madre. Es muy amiga de la señora Kincaid y ha sufrido casi tanto como ella con la muerte de Johnny.

—Descuide usted, lo tendré en cuenta constantemente.

Spring consultó su reloj.

—Tengo todavía un poco de trabajo —manifestó—. ¿Por qué no se da una vueltecita para conocer el pueblo? Venga a las siete a buscarme, se lo ruego.

—Seré puntual —prometió él.

* * *

Hynorad era un lugar encantador, con muy pocas casas, todas ellas de modesta apariencia, aunque bien cuidadas y con abundancia de plantas y flores ante las fachadas. Constaba de una sola calle, bastante amplia, por cuyo centro pasaba una de las carreteras comarcales.

Había una cantina y el calor apretaba un poco, de modo que Ellis se sentó en una mesa para refrescarse con una cerveza. Al cabo de un rato, salió y se dispuso a darse el segundo paseo, con objeto de pasar la media hora que quedaba hasta las siete.

De pronto, divisó un automóvil parado a cierta distancia de las primeras casas. Una mujer estaba junto al vehículo, contemplándolo

con cierta perplejidad.

Ellis se acercó a la mujer. Pronto vio que era joven, algo mayor que Spring, pero esbelta y muy bien conformada. El pelo, como los ojos, era intensamente negro, en fuerte contraste con la absoluta blancura de su piel. Las ropas eran algo anticuadas, pero de excelente calidad.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora? —se ofreció Ellis, cortés.

La mujer se volvió y le miró, sonriendo.

—Mi coche no arranca —respondió—. Soy una absoluta nulidad en mecánica —confesó con cierta forzada jovialidad—. Sé escasamente conducir y eso es todo.

—Permítame, señora —dijo él—. Ah, antes, creo que debo presentarme; Nevil Ellis.

No añadió más. Su llegada a Hynorad, en cierto modo, debía pasar desapercibida para la gente, al menos, en lo referente a su cargo.

—Ruth Scull —dijo la mujer—. Encantada de conocerle, señor Ellis.

El forastero hizo una leve inclinación de cabeza. Acto seguido, levantó la tapa del motor y lo examinó atentamente durante unos minutos.

—Creo que ya conozco la causa —dijo al cabo—. Se ha aflojado la correa de la dínamo y la batería se ha descargado.

—Oh, eso significa que no podré volver a mi casa.

Ellis sonrió.

—Trataremos de reparar este pequeño desperfecto, señora Scull —dijo.

Abrió el maletero y buscó una llave inglesa en la bolsa de herramientas. Diez minutos más tarde, dio la tarea por concluida.

—Ya está —dijo—. Ahora, usted se sentará tras el volante y yo empujaré. Cuando haya adquirido un poco de velocidad, engrane la tercera marcha. El motor arrancará, pero usted deberá forzar su régimen un poco, a fin de que la batería se recargue por sí misma.

—Entiendo. Señor Ellis, no sé qué habría sido de mí sin usted —manifestó la mujer.

—¡Bah, no tiene importancia! En todo caso, en Hynorad habría encontrado quien le ayudase.

—Lo dudo mucho. El nombre de Scull no es muy apreciado en el

pueblo.

Ellis se quedó parado. Ruth sonrió levemente.

—Las habitantes de la Casa de Carne no somos simpáticas a los vecinos de Hynorad —dijo.

—Yo soy forastero, señora Scull…

—Se nota en seguida. Otro cualquiera, habitante de Hynorad, habría pasado de largo y hasta santiguándose por haberse cruzado conmigo. Lo único que no les desagrada de nosotras es el dinero.

—Lo siento tantísimo —dijo Ellis.

Ruth agitó una mano.

—No tiene importancia —contestó, a la vez que abría la portezuela delantera—. A propósito, si va a permanecer en Hynorad algunos días y quiere ir a MacIntosh House, será bien recibido. MacIntosh House es el verdadero nombre de nuestra posesión y no el de Casa de Carne, que le han puesto esos pueblerinos.

Ellis contestó con una frase ambigua, que no le comprometiera a nada. Sabía que Johnny había muerto en las inmediaciones de la Casa de Carne, pero no quería decir nada, hasta haber hablado con Spring.

Ruth se sentó tras el volante. Puso la palanca de cambios en punto neutral, soltó el freno de mano y aguardó a que Ellis empujase el vehículo. La carretera hacía una leve pendiente en aquel lugar, lo que facilitó la maniobra. A los pocos momentos, el motor arrancó satisfactoriamente.

La conductora sacó una mano por la ventanilla.

—No deje de venir a visitarnos —gritó—. Y no se crea las fábulas que le cuenten; allí no nos comemos a la gente.

El automóvil se alejó hasta perderse de vista en una curva no lejana. Ellis regresó a la aldea, con la preocupación retratada en el semblante.

* * *

—¿Por qué dice Ruth Scull que en MacIntosh House no se comen a la gente?

La pregunta sorprendió enormemente a Spring. Junto con su huésped, estaba sentado en la veranda de la casa, después de la cena, mientras la señora Murphy se ocupaba de recoger la mesa.

—¿Cómo? —Exclamó la muchacha—. ¿Ha hablado usted con

Ruth?

—Sí, en efecto.

Ellis explicó cómo se había producido el encuentro. Spring se sintió preocupada.

—Me pregunto a qué habrá venido al pueblo —dijo.

—¿Se lo tiene prohibido usted?

—Oh, no, Dios me libre. Diríase que son ellas las que se prohíben a sí mismas venir a Hynorad.

—En todo caso, Ruth no llegó a entrar. O, como máximo, pasó de largo antes de que se le parase el motor.

—Son tres mujeres extrañas —dijo Spring—. Y no se puede decir que no sean atractivas, sino todo lo contrario. Ruth, la menor, tiene veintiocho o veintinueve años; le sigue Olivia, con dos años más y June, la mayor, con alrededor de treinta y tres.

—Y las tres viudas.

—De tres hermanos Scull. Curioso, ¿no?

—¿Qué pasó? ¿Enviudaron al mismo tiempo?

—Aunque parezca increíble, así es. El coche en que viajaban los esposos, en un supuesto viaje de negocios, eso es algo que no se ha sabido nunca con claridad, se salió de la carretera a ciento treinta por hora.

—Buena velocidad para matarse —comentó Ellis, que había iniciado su carrera como simple guardia de tráfico.

—Ellas enviudaron… y cada una percibió doscientos mil dólares de un seguro de vida. El accidente no ocurrió en Hynorad ni en sus inmediaciones, sino allá por tierras de Arizona. AI cabo de un tiempo, llegaron aquí y se instalaron en MacIntosh House, que un agente compró por su encargo. Se quejan de la gente del pueblo, pero tampoco ellas se han esforzado mucho por ganarse nuestras simpatías.

—Parecen resentidas —observó Ellis.

—Ninguna de ellas es tonta y han podido darse cuenta de que más de uno piensa que hicieron asesinar a los maridos.

—Y usted, ¿qué piensa?

—Sargento, como usted, yo soy un funcionario de la ley y me atengo a lo que dictaminan las autoridades en la materia. Los tres hermanos Scull murieron en un accidente. Y cuando una compañía de seguros paga tres pólizas de doscientos mil dólares cada una,

créame, es un accidente y no un asesinato.

—Sí, tiene razón —convino Ellis—. ¿Viven solas?

—No. Hay un médico, suponiendo que la palabra doctor se refiera a medicina en este caso, que habita también en la misma casa. Y Jonathan, el criado negro que las atiende. Cuando necesitan algo de la tienda, lo piden por teléfono. Nunca dejan nada a deber; siempre pagan en el acto.

Ellis asintió. Las palabras de Spring, en aquel asunto, concordaban con las de Ruth.

—Pero encuentro extraño que siendo las tres jóvenes y bien parecidas, no hayan vuelto a casarse. A menos que el accidente se produjera hace poco tiempo…

—Unos dos años y, a juzgar por lo que se sabe, no parece tengan intenciones de casarse de nuevo —contestó Spring.

Ellis se imaginó mentalmente una especie de pequeño harén, el doctor mencionado por Spring, con sus tres esposas. Pero casi en seguida se reprochó a sí mismo haber concebido una idea tan disparatada. «No seas mal pensado», se apostrofó mentalmente.

—¿Cómo se llama ese médico? —preguntó.

—Warburton y no sé mucho más de él —respondió Spring—. El doctor Poulsen quiso verle cuando murió Johnny, pero Jonathan, el criado negro, contestó que estaba ausente. Volvió, según parece, una semana más tarde.

La conversación languideció a poco. Pasado un rato, Spring se levantó.

—Le enseñaré su habitación, sargento —dijo.

CAPITULO IV

El día era espléndido y haría mucho calor cuando se levantara el sol, Ellis vio el río entre los álamos y los chopos y la contemplación del agua espejeante le hizo sentir un verdadero deseo de bajar del coche, correr y zambullirse en su fresco seno, para gozar unos minutos del agradable contacto del agua murmurante.

De pronto, entrevió a lo lejos una especie de parapeto que cruzaba el río.

—¿Una presa? —inquirió. Spring viajaba a su lado.

—Sí. Allí es donde el doctor Poulsen solía ir a pescar y donde se ahogó. El agua tiene mucha profundidad y no se encontró su cadáver.

—Es raro. ¿Por qué no vaciaron la presa?

—Le diré. El muro de contención está apoyado sobre un antiguo saliente rocoso, que antaño era otra presa natural, lo cual originaba una cascada al saltar las aguas por encima. En ese lugar, el río tiene, aunque parezca increíble, más de sesenta metros de profundidad.

—Hay hombres rana…

—Vinieron hombres rana, pero ahora, con la presa artificial, el limo es muy abundante en el fondo. Se hizo lo que se pudo, créame.

—No lo dudo —contestó él—. ¿Cómo supieron que se había ahogado el doctor Poulsen?

—Encontramos su chaqueta, la cesta, la caña y el tabaco y los fósforos sobre la hierba de la orilla. El sombrero flotaba sobre las aguas.

—Los signos no ofrecen lugar a la duda. Me gustará, en otro rato examinar el lugar donde se ahogó el doctor. ¿Tenía familia?

—Su esposa, pero ahora se halla fuera. La señora Poulsen se ha ido a casa de una hermana que vive en Maine. La casa del doctor está cerrada; no obstante, si quisiera examinar algo de su interior,

yo tengo la llave.

—Veremos —contestó Ellis cautamente.

Continuaron por un camino relativamente bien cuidado, que serpenteaba entre las colinas cubiertas de abundante césped y en las que se veían numerosos árboles de toda especie. Spring se había puesto una especie de uniforme para la ocasión; blusa de color crema, con hombreras y bolsillos, falda de color marrón claro y zapatos negros de tacón medio. Su cubrecabezas era un sombrerito del mismo color que la blusa, de copa plana y ala no demasiado exagerada. Sobre el lado izquierdo del pecho llevaba la insignia de su cargo.

El conjunto resultaba encantador. Ellis la miraba siempre que podía, a hurtadillas. Le gustaba mucho el porte natural de la joven, en la que no se advertía la menor afectación.

De repente, avistaron un prado de regular extensión, ondulado en algunos sitios y en el que se veían bastantes árboles.

—¡Pare, sargento! ¡Ahí es dónde la araña mató a Johnny!

Ellis frenó y cortó el contacto.

—De modo que sigue creyendo en la historia del arácnido gigante —sonrió.

Spring abrió su bolso, que pendía del hombro izquierdo, y sacó unos lentes de color.

—Arácnido o no, la exodigestión de la mayor parte de la carne y vísceras de Johnny es algo que no se puede refutar —contestó, un tanto secamente.

Ellis no quiso decir nada. Podía no tratarse de una araña gigante, pero las extrañas causas de la muerte de Kincaid subsistían, tal como acababa de manifestar la joven.

Spring echó a andar hacia el prado. Ellis la siguió hasta que la vio detenerse a poca distancia de dos alerces, separados por unos siete u ocho metros y de notable altura.

—Aquí, sargento —dijo la joven, a la vez que golpeaba la hierba con el tacón.

Ellis estudió los árboles en silencio durante unos momentos. Las primeras ramas quedaban a cinco o seis metros del suelo. Los dos troncos estaban inclinados un tanto.

Ellis metió la mano en el bolsillo y sacó un cordel, a uno de cuyos extremos ató una navaja. Luego, sosteniéndolo por el otro

extremo, se acercó a la parte posterior de uno de los árboles.

—¿Para qué hace eso? —preguntó Spring, curiosa.

—Unos dieciséis o diecisiete grados de inclinación con la vertical —respondió él.

Fue al otro alerce. La inclinación era ligeramente superior, aunque estimó no llegaba a los veinte grados.

Guardó la navaja y enrolló el cordel. Luego se volvió hacia Spring.

—Marshall, Johnny y Ethel venían corriendo por aquí, dichosos y felices, como dos cervatillos. Johnny vio una red y se lanzó a ella, para jugar, de la misma forma que se hace con las camas elásticas de gimnasia, aunque es preciso tener en cuenta la inclinación de la red. Y Johnny se quedó pegado a las mallas. Así pudo ser víctima de la araña.

—Es lo que averiguamos el doctor y yo —confirmó Spring.

—Y lo que contó Ethel, después de recuperarse. Claro que ella no lo presenció todo; su mente se negó a ver aquel horror y se desmayó. Pero ¿por qué no hay ahora el menor rastro de la tela de araña?

Spring no sabía qué decir. Ellis se volvió y miró hacia arriba.

—¿Tendrá su nido entre las ramas?

Ella soltó un grito y retrocedió unos cuantos pasos.

—¿Qué le pasa, señorita? —Se alarmó Ellis.

—No… lo sé… Ha sido una especie de reacción instintiva, cuando usted mencionó la existencia del nido de la araña —contestó Spring, con una mano sobre el corazón—. Nervios, ¿sabe?

—Sí, claro. —Ellis sonrió comprensivamente—. En realidad, si hubiese un nido, lo veríamos siquiera fuese en parte desde aquí abajo. Pero si de la existencia de la red y de la araña no podemos dudar, ¿cómo es que no quedan rastros de la primera?

—Ya no había nada cuando llegamos aquí. Claro que tardamos mucho; el ataque del arácnido se produjo a media mañana y hasta bien entrada la tarde, cuando las familias Weiss y Kincaid se alarmaron, no salimos a buscarlos. Ya no había rastros de la tela de araña.

Ellis se acercó a uno de los árboles y examinó el tronco con gran minuciosidad, por la parte que daba frente al otro alerce. De pronto, le pareció ver una rozadura en la corteza, a cincuenta o sesenta

centímetros del suelo.

Sacó una lupa y se arrodilló. Spring contemplaba atentamente todas las operaciones.

—Las arañas que puedan encontrar por aquí son más bien diminutas y no devoran animales de tamaño superior al de una mosca —sonó de pronto una voz, a espalda de los dos jóvenes.

Spring lanzó un grito ahogado y se volvió. Ellis se incorporó en el acto.

—¿Tienen permiso para estar aquí? —preguntó la mujer.

* * *

Hubo un instante de silencio. En el primer momento, Ellis creyó se trataba de Ruth Scull, pero había cierta diferencia en las facciones. Era una de sus hermanas, sin duda, pensó.

—¿Permiso? —repitió.

—Sí —confirmó la mujer—. Estas tierras pertenecen a la posesión MacIntosh, y el hecho de que no estén valladas, no alivia la ilegal situación en que se encuentran ustedes.

—Señora…

—Olivia Scull, señor Ellis —cortó ella—. Usted es nuestro competente marshall —se dirigió a la joven—. Debiera conocer mejor la ley, señorita Murphy. Su jurisdicción termina en los límites de la población.

Spring reaccionó.

—Creo que se equivoca, señora Scull —dijo—. Poseo la oportuna autorización del *sheriff* del condado, para intervenir fuera de Hynorad, hasta los límites de su término municipal. Por tanto…

—Por tanto, y suponiendo que eso sea cierto, debió haber solicitado una autorización judicial para venir aquí, señorita.

—La conseguiré —prometió Spring, con los labios muy juntos.

—Se dice que un muchacho pereció aquí, víctima de una araña gigante. Puedo asegurarles que no fuimos ninguna de las hermanas Scull. A veces nos consideran como arañas, pero… nuestros alimentos son enteramente normales —dijo Olivia irónicamente.

Ellis contempló a la mujer. Era extrañamente hermosa, tan turbadora como su hermana y con los mismos ojos de mirada penetrante. Aquellas pupilas poseían una extraña fascinación. Le parecieron las de una serpiente, capaz de hipnotizar a un indefenso pajarillo.

—Le presento mis excusas oficiales, señora Scull —dijo Spring—. Puedo asegurarle que, pese a los comentarios que hayan podido surgir, ni por un momento he pensado en ustedes como culpables ni mucho menos sospechosas. Por otra parte, toda la culpa de nuestra presencia en este lugar es mía; admito mi culpa en lo referente a los límites de la posesión y le aseguro que ahora mismo nos iremos.

—Por favor —rogó Olivia, con un repentino cambio de actitud —, no se lo tome a mal, señorita. A veces soy un poco impulsiva y hablo más de la cuenta. En este lugar se produjo una muerte violenta y el deber de ustedes es investigarla.

Olivia hizo una ligera inclinación de cabeza y echó a andar. De repente, se volvió.

—Mi hermana Ruth nos habló elogiosamente de usted, señor Ellis. Cuando desee ir a MacIntosh House, será bien recibido —se despidió.

Ellis y Spring guardaron silencio unos momentos, hasta que la mujer hubo desaparecido entre la arboleda. Luego, Spring dejó escapar el aire largamente contenido en los pulmones.

—Esa mujer me asustó —dijo—. Apareció como llovida del cielo… o caída de una rama de árbol.

Ellis se echó a reír.

—Estábamos entretenidos, eso es todo —respondió.

—Sí, es cierto. Usted había encontrado algo. ¿Qué era?

—Señales de rozadura en la corteza del árbol, como si se hubiese amarrado una cuerda al tronco.

—Esa cuerda sería parte de las mallas de la red.

—Es de suponer. Hay algo fuera de toda duda. La red, o la tela de araña, como lo prefiera, estuvo aquí. Pero cuando llegaron, ya no estaba. ¿Quién la quitó?

—Pregunte también quién la puso, sargento.

Ellis asintió.

—No es mucho lo que hemos averiguado —sonrió—. Señorita, Olivia Scull mencionó algo sobre arañas. ¿Es cierto que les llaman eso en Hynorad?

—Ahora, después de la muerte de Johnny, sí. Lo de Casa de Carne es anterior —contestó la joven.

—¿Por qué ese apelativo? —quiso saber él.

—Es el color de las paredes. El tejado tiene un color negro muy

pronunciado, como si fuese el pelo de una persona.

—Sí, ya entiendo: pelo negro y color de piel de persona. Una combinación muy poco atractiva, *marshall*.

—Siniestra —dijo Spring.

—Bien, creo que será mejor que nos marchemos…

Ellis se interrumpió de pronto. Spring se dio cuenta de que tenía la mirada fija en un punto, situado a unos sesenta metros de los alerces.

Spring volvió la cabeza para mirar en la misma dirección. De pronto, lanzó una exclamación de sorpresa:

—¿Qué hace ese hombre ahí?

—Le habrá ocurrido algo —supuso Ellis.

—Debe de ser un vagabundo. Ayer pasó por el pueblo; desde aquí, reconozco sus pantalones *Levis*.

El hombre descansaba a la sombra de unos arbustos.

Realmente, se dijo Ellis, el día invitaba a tumbarse sobre la hierba y descabezar un sueñecillo.

—Voy a hablar con él y preguntarle si ha visto algo —dijo Ellis —. ¿Conoce usted su nombre?

—Le interrogué brevemente. Dijo que iba de paso. Manifestó llamarse Jack Thames, pero eso es todo lo que sé.

Ellis se acercó al matorral. Dada la posición que habían ocupado hasta entonces, no se habían percatado de la presencia del vagabundo, del que sólo se veían parte de las piernas. Rodeó el arbusto y entonces recibió un fortísimo choque al ver la horrible herida que Thames tenía en el lado izquierdo de su cuello.

CAPITULO V

—¡No se acerque, *marshall*! —gritó.

Spring se detuvo un instante, pero reaccionó en seguida.

—Sargento, acaba usted de citar mi cargo —dijo—. Si a ese hombre le ha ocurrido algo, mi deber es…

La joven se interrumpió. Acababa de ver a Thames y el espectáculo le impresionó a su pesar.

—¡Está muerto! —exclamó.

—Eso parece —convino Ellis.

Spring hizo un poderoso esfuerzo para dominarse.

—Tiene el mismo aspecto que el pobre Johnny —musitó.

La sangre había brotado en abundancia de la espantosa herida que se veía en el cuello. La hierba aparecía enrojecida en una gran extensión, aunque el color de la sangre se había oscurecido considerablemente.

Ellis permaneció en silencio durante unos momentos. La epidermis del cadáver, salvo en el lugar de la herida, tenía un tono extrañamente rojizo, en parte mezclado con ocre. Hasta parecía acartonada.

De pronto, Ellis alargó la mano derecha y presionó en la parte correspondiente al estómago. Su mano se hundió de un modo extraño y, por un instante, creyó que llegaría hasta la columna vertebral.

—Pa… parece Johnny… —tartamudeó Spring.

—Exodigestión —murmuró Ellis.

Era horrible, pensó. ¿Qué jugos gástricos tan poderosos habían sido inyectados en el cuerpo de Thames, para disolver sus órganos internos y convertirlos así en alimento fácilmente digerible, que luego sería succionado por el arácnido atacante?

—Spring —llamó de pronto, y ella no pareció advertir la falta de tratamiento.

—Dígame, sargento.

—Vaya al pueblo y tráigase lo necesario para transportar el cadáver. Ah, por favor, en mi equipaje hay una cámara fotográfica. Telefonee a la policía del Estado y pida que envíen aquí a un forense. ¿Ha comprendido?

—Sí, ahora mismo… Usted se queda —exclamó ella, alarmada.

—Claro, pero no se preocupe por mí —sonrió el joven.

—La… la araña puede… puede atacar de nuevo…

Ellis sonrió.

—¿Ahora? Spring, suponiendo que la existencia de la araña gigante sea un hecho cierto, en estos momentos está muy bien escondida, ocupada en una sola tarea: hacer la digestión.

Spring se puso una mano en la boca. Conteniendo difícilmente las náuseas que sentía, se alejó tambaleándose hacia el coche, que arrancó a los pocos momentos en dirección a la ciudad.

Ellis se puso en pie y encendió un cigarrillo. Nunca había visto una herida semejante: parecía mezcla de mordedura y corte, como hecha con unos alicates con filo. La muerte, por tanto, había sobrevenido en pocos segundos, por desangramiento.

Y luego, el arácnido…

Prefería no pensar en lo que había seguido a continuación, era demasiado horrible y revolvía el estómago.

Era curioso, se dijo de pronto. Aquel lugar no parecía el adecuado para que una araña tendiese su red. Claro que a diez metros había un árbol y la tela había podido ser tendida entre su tronco y las ramas bajas del matorral, cuya altura era superior a la de un hombre. Pero, de repente, vio que algo brillaba en el suelo, oculto en parte por el arbusto.

Gateó y alargó la mano derecha hacia aquel trozo de cuerda que brillaba con irisaciones. Tenía un centímetro de grosor, por diez o doce de longitud.

Al tocarlo con los dedos, sintió una sensación de escozor. Sacudió la mano maquinalmente y se dijo que debía envolver aquella extraña sustancia en su pañuelo. De repente, una rama seca chasqueó detrás de él. Antes de que pudiera volverse, algo muy duro cayó sobre su cráneo.

En pleno día, Ellis vio una multicolor explosión de estrellas. Por un instante, le pareció que el firmamento se hundía y que las

estrellas caían del cielo a la tierra. Él también empezó a caer, cada vez con más velocidad, hasta que dejó de ver luces y colores.

* * *

Los gritos llegaban del otro lado del mundo. Ellis se preguntó de dónde procedían aquellos clamores. De pronto, creyó distinguir su nombre.

—Échenle más agua —dijo una voz bronca.

Ellis notó que llovía en abundancia. Tardó unos segundos en darse cuenta que le estaban mojando la cara.

Una mano tanteó su nuca.

—Tiene un bulto del tamaño de un huevo —dijo el hombre—. Aparte de eso, está bien; no hay hundimiento del hueso.

Una mano acercó algo a su boca.

—Beba, amigo.

Ellis hizo un esfuerzo por tragar. Aquel líquido ardía y le hizo toser. Otro hombre le echó más agua a la cara.

—Estará bien en unos minutos —dijo alguien.

—Voy a ponerle unos lentes de color para cuando abra los ojos —sonó la voz de Spring.

Ellis sintió que el conocimiento le volvía rápidamente.

—Parece que he salido bien del trance —comentó.

Tenía los ojos cerrados todavía, a pesar de la protección del cristal oscuro.

—¿Quién le atacó, Nevil? —preguntó Spring.

—No lo sé. Vino por detrás. Oí que pisaba una ramita seca, pero no me dio tiempo a volverme.

—El cadáver ha desaparecido.

Ellis se sentó en el suelo. Junto a Spring había dos hombres de mediana edad. Un poco más allá, se veían su coche y una furgoneta rural.

—No me extraña —dijo Ellis al cabo de unos instantes—. El ataque de que he sido objeto tiene así una justificación. ¿Han visto huellas?

Spring contestó negativamente. Ellis se dio cuenta de que los dos vecinos de Hynorad que habían acompañado a la joven, aunque maduros, pertenecían ya a generaciones que vivían una existencia cómoda, aunque pudiese parecer precaria. Ya no eran los pioneros

de antaño, capaces de seguir un rastro durante días y semanas, hasta encontrar la presa que buscaban.

Y él se sentía demasiado débil para intentarlo. Necesitaba veinticuatro horas de absoluto reposo. El golpe había sido muy fuerte.

De pronto, recordó algo. Se miró la mano derecha y vio unas leves señales en las yemas de los dedos, ligeramente descoloridas.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Spring.

—Encontré un trozo de red, un hilo de diez o doce centímetros de largo. Fui a cogerlo y parecía quemar. Lo solté y entonces fue cuando recibí el golpe.

—He encontrado algunas señales de pisadas —manifestó ella—. Pero se pierden en aquella dirección —señaló hacia el sudoeste—. Por tanto, hemos de descartar MacIntosh House.

—Han sido las arañas que viven en la Casa de Carne —gruñó uno de los hombres rencorosamente.

Ellis miró al individuo. Contaba unos cuarenta años de edad y tenía buen aspecto.

—Me llamo Fred Rutledge —se presentó a sí mismo.

—Hola, Fred —dijo el joven desmayadamente—. ¿Puede ayudarme?

—Claro.

Entre los dos hombres lo llevaron al coche. Spring les dio las gracias y luego se sentó tras el volante.

—En cuanto lleguemos a casa, se meterá en la cama —dijo.

—Tendrá que llamar de nuevo. Diga que ya no es necesario el médico.

—¿No lo necesita para usted mismo?

Ellis hizo un gesto negativo.

—Mañana ya estaré bien —contestó.

El coche arrancó. Ellis cerró los ojos, mientras pensaba en los acontecimientos que acababan de ocurrir.

¿Quién y adónde se había llevado el cadáver del vagabundo?

* * *

Estaba dormido y le despertaron unas voces que sonaban en la planta baja. Una de ellas pertenecía a la señora Murphy; la otra era de hombre, algo chillona.

—Está bien, doctor Warburton —dijo la señora Murphy—. Usted mismo puede encontrar la habitación. Es la segunda de la izquierda.

—Muchas gracias, señora.

Ellis oyó pisadas en la escalera. A los pocos instantes, se abrió la puerta.

Un hombre apareció en el umbral. Era pequeño, regordete, casi como una bola con cabeza y cuatro extremidades, cortas y un tanto ridículas. En su rostro mofletudo había una amistosa sonrisa.

—Hola —exclamó el visitante—. ¿Cómo sigue el herido? Soy el doctor James Warburton, de MacIntosh House, mal llamada la Casa de Carne. Nos enteramos de lo ocurrido y las señoras Scull me enviaron a que lo visitara a usted, en vista de que ahora no hay médico en el pueblo. Claro que mi especialidad no es la medicina, aunque conseguí el título hace un cuarto de siglo; yo me dedico ahora a… a otras cosas, si bien me conservo en condiciones de atender enfermedades vulgares o heridas sin demasiadas complicaciones.

—Bueno, doctor, yo estoy bien…

—Tonterías, muchacho; cuando uno recibe un golpe en la cabeza y pierde el sentido, es preciso vigilar la conmoción cerebral que se produce inevitablemente. Vamos a ver…

Warburton tomó la temperatura y el pulso, auscultó el pecho y luego examinó las pupilas, así como los reflejos. Al terminar, dejó un paquetito sobre la mesilla de noche.

—Una pastilla cada cuatro horas y dentro de tres días, como nuevo —dijo jovialmente—. Tiene usted una resistencia física envidiable, muchacho —elogió.

Warburton empezó a guardar todas sus cosas en el maletín que había traído consigo.

—Un momento, doctor —exclamó Ellis—. No se vaya así; he de abonarle sus honorarios…

—¡Tonterías, muchacho! He venido con muchísimo placer y también, hay que decirlo, porque me enviaron las señoras Scull.

—¿Cuál de las tres?

Warburton sonrió maliciosamente.

—Adivínelo —contestó.

Pero Ellis no quería que el galeno se marchase tan pronto.

—Escuche, doctor, quiero hablarle de un asunto —manifestó—.

Se refiere a la muerte de Johnny Kincaid…

—Ah, aquel desgraciado suceso. Yo no lo presencié ni vi nada, ni siquiera fui consultado para dar mi opinión. Con todos los respetos para el doctor Poulsen, infortunadamente fallecido, no nos llevábamos muy bien aunque es preciso decir que no era yo el que sentía una viva antipatía hacia un colega.

—¿Hubo roces entre los dos?

—Sí, pero muy breves y, en lo que se refiere a mí, los corté de raíz cuando me di cuenta de su actitud. Simplemente, dejé de relacionarme con él.

—¿Cuál fue el origen de esos roces, doctor?

—Es bien sencillo, amigo mío. Poulsen quería atender a las señoras Scull, alegando que era el médico del pueblo. En realidad, lo que ambicionaba era cobrar unos buenos honorarios. Ellas lo rechazaron y Poulsen pensó que ese rechazo se debía a mis consejos. La realidad es que las tres disfrutan de una salud magnífica. Cobrar diez dólares por recetar una simple aspirina no parece muy ético, ¿verdad?

—Desde luego, pero usted está con ellas…

—Cobrando un pequeño sueldo que, en realidad, sufraga mis experimentos —aclaró Warburton.

—¿Qué experimentos, doctor?

Warburton asió el maletín.

—Mejoría de la circulación sanguínea, en casos de arterioesclerosis y enfermedades por el estilo —respondió—. He tenido mucho gusto, señor Ellis —se despidió.

—Gracias, doctor —contestó el paciente.

CAPITULO VI

—Spring, ¿cómo se enteró Ruth Scull de que yo había sido atacado?

La joven miró sorprendida al hombre que, sentado en el lecho, se disponía a tomar la cena que ella acababa de traerle.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó a su vez.

—Warburton. Dijo que había venido, enviado por las tres viudas. Yo le pregunté cuál de ellas lo había ordenado en particular. El doctor sonrió maliciosamente y me contestó que lo adivinase yo.

—Tuvo que ser Ruth, en efecto, ya que es la única que le conoce personalmente —admitió Spring, mientras colocaba la bandeja delante de Ellis.

—Sí, pero nadie fue a MacIntosh House a contarles lo ocurrido.

—Tal vez ella vio algo, ¿no le parece?

—¿Desde la casa?

—El edificio no se divisa apenas desde el lugar donde usted fue atacado, aunque no está demasiado lejos, acaso sólo a dos o trescientos metros. Sin embargo, hay que tener en cuenta los numerosos árboles que hay en aquellos parajes.

—Sí, quizá tenga usted razón. ¿Puedo hacerle una pregunta, Spring?

—Por supuesto —accedió la joven.

—¿Quién es Rutledge? Me pareció un tipo impulsivo… incluso orgulloso y autoritario.

Spring sonrió levemente.

—Lo ha descrito usted con notable exactitud —respondió—. Es el dueño de la taberna local, aunque la ha puesto en manos de un asalariado y no trabaja apenas en ella. Además, tiene algunas posesiones…

—Vamos, lo que se dice un buen pasar.

—Sí. Pero está resentido con las Scull.

—¿Por qué?

—Rutledge se cree una persona importante y merodeó algún tiempo en torno a June, que es la mayor de las tres hermanas. A June no le cayó bien, ni tampoco a Olivia ni a Ruth.

—Eso significa que cortaron bien pronto sus intentos de aproximación.

—Desde luego. Rutledge se sintió muy humillado por un fracaso que le ponía en evidencia ante muchas de las gentes de Hynorad. Había alardeado de que June Scull se llamaría bien pronto June Rutledge, ¿comprende?

—En resumen, todavía no ha podido digerir el fracaso.

—Exactamente, Nevil.

—Dado su carácter, lo extraño es que no haya intentado pretenderla también a usted —sonrió Ellis.

—Oh, ya lo creo que lo intentó. Pero le desengañé bien pronto. No es mi tipo.

—Y no le guarda rencor.

Spring hizo un gesto ambiguo.

—Si alberga ese sentimiento hacia mí, no se lo tomo en cuenta —respondió.

Ellis continuó comiendo. De pronto, dijo:

—Se me ha ocurrido una cosa, Spring. Usted dijo que había visto huellas de pisadas en dirección sudoeste.

—Sí, es cierto.

—En dirección a la presa.

Spring se quedó parada.

—¿Sospecha que el cadáver de Thames fue a parar allí?

—Pudiera ser, ¿no cree?

—Tal vez. ¿Piensa investigar, Nevil?

—Sí, aunque… primero me gustaría conocer MacIntosh House. Creo que sería correcto visitar a Ruth y darle las gracias por haber enviado al doctor Warburton.

Spring sintió un escalofrío.

—Yo no iría —murmuró.

Ellis la miró sorprendido.

—¿Tiene miedo de la Casa de Carne? —Se asombró.

—De la casa propiamente dicha, no. Pero, aunque le parezca extraño, sí tengo miedo de sus ocupantes —respondió la joven.

* * *

El cielo estaba parcialmente encapotado. Gruesas nubes de color plomizo se movían con lentitud, en una atmósfera de bochorno, que hacía sudar al menor movimiento.

Ellis, ya repuesto, se acercó a la taberna de Rutledge. A través de una de las ventanas abiertas, brotó el vozarrón del dueño:

—¿Qué os decía yo, muchachos? Esa pieza acabará por caer, aunque se haya mostrado muy escurridiza. Mañana iré a tomar el té con June Scull…

Rutledge era un fanfarrón imprudente, pensó Ellis. Lo menos que debía hacer un hombre era mostrar discreción en cierta clase de asuntos, pero Rutledge pertenecía a la casta de individuos que no se sienten satisfechos si no alardeaban de cuanto hacen. Le extrañó que June hubiese invitado a tomar el té a semejante tipo, pero, al mismo tiempo, pensó que Ruth, interrogada con un mínimo de habilidad, sabría darle algunos detalles al respecto.

Pasó por delante de la ventana. Rutledge le vio.

—Celebro que se encuentre repuesto, señor Ellis —gritó—. ¿No quiere entrar a tomar una cerveza? Paga la casa, hombre.

Ellis sonrió de mala gana. En ocasiones, era preciso usar un poco de diplomacia.

—Acepto encantado —respondió.

Entró en la cantina y charló un rato con Rutledge y sus acompañantes, pensando en que podría obtener alguna información útil. Pero los otros hombres apenas si hablaban; era Rutledge quien hacía todo el gasto de la conversación. Era un tipo vacuo, fanfarrón y presuntuoso, soportable únicamente porque tenía cierta posición económica. Pero se hacía antipático.

Al atardecer, regresó a su alojamiento.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Spring.

—Me gustaría examinar la presa con más detención —dijo Ellis —. Voy a pedir un ayudante y equipo de buceo.

Ella arqueó las cejas.

—¿Piensa descender al fondo del río? —se extrañó.

—Nos alternaremos mi ayudante y yo. Cuando llegue, por supuesto —respondió Ellis.

Aquella noche tardó un buen rato en dormirse. La atmósfera era húmeda, pegajosa; apenas si se podía respirar, con la ventana abierta de par en par. De cuando en cuando, brillaba un relámpago

a lo lejos. Luego llegaba el sordo fragor del trueno. Sin embargo, no llovía aún.

Ellis empezó a adormilarse. De repente, creyó oír una voz en la calle:

—¡Párate, maldita! ¡Párate, te digo!

Sonaron pasos precipitados. Ellis se despabiló.

Atraído por la curiosidad, se puso en pie. La luna se abrió paso repentinamente entre las nubes hinchadas. Alguien corría por el centro de la calle.

Ellis se sorprendió enormemente al reconocer a Warburton, que corría desalado detrás de un animal que se movía con cierta aparente torpeza. Pero, de pronto, el joven sintió que se le ponían los pelos de punta.

¿Estaba despierto?, se preguntó.

¿Existían animales como el que estaba viendo?

Tenía el cuerpo de un pavo y las patas medían al menos un metro. Era una visión horrible, espantosa… aquel ser peludo, con el abdomen ovoidal y las ocho patas que se movían con relativa lentitud, pero, sin embargo, le proporcionaban una velocidad igual o quizá superior a la del hombre que le perseguía.

Hombre y bestia desaparecieron de su vista. Ellis dudó un momento, pero acabó por meterse en la cama, seguro de que no alcanzaría al doctor Warburton ni a la horrible araña de dimensiones inconcebibles.

Prácticamente, ya no durmió en el resto de la noche.

* * *

Ellis no quiso comunicar a Spring lo que había visto. A mediodía, ella no dijo nada, lo cual le hizo pensar que era el único en Hynorad que había presenciado la horrible visión. Después del almuerzo, se dispuso a salir hacia MacIntosh House.

—Tenga cuidado —avisó la joven—. Puede que descargue la tormenta.

—En todo caso, si tengo que quedarme allí, ya la llamaré por teléfono.

Aguardó un rato prudencial y pasadas las tres de la tarde, salió en dirección a la residencia de las Scull, que avistó un cuarto de hora después.

La casa, en cierto modo, merecía el nombre que le habían puesto los habitantes de Hynorad. Era un extraño color carne blanco-rosado, el de las piedras de su estructura, rematada por un tejado a dos vertientes, muy agudo, de pizarra mucho más gris de lo común, lo que, a cierta distancia, le hacía parecer negro.

La casa, además, tenía una disposición extraña, ya que la fachada principal estaba situada en la parte estrecha del edificio, que tenía forma rectangular, en contraposición a otras casas de distinta construcción, en que la fachada correspondía a la parte más larga. En MacIntosh House sucedía lo contrario.

El edificio constaba de planta y primer piso, aparte del desván abuhardillado. La puerta era amplia, rematada en un arco de medio punto. Encima había dos faroles gemelos de hierro y, sobre éstos y a los lados, dos pares de ventanas muy juntas entre sí, pero separado cada par del otro por una distancia de varios metros.

Ellis frenó casi de golpe.

Aquella casa tenía una fachada casi humana. Las parejas de ventanas eran los ojos; los dos faroles correspondían a los orificios nasales y la puerta a la boca… una boca que daba la impresión de devorar vivo a cualquiera que osara traspasar el umbral.

Y luego, aquel horrible color carne de las piedras…

Dominando sus aprensiones, abrió la portezuela y se encaminó hacia el edificio. Iba a usar ya el pesado llamador de hierro forjado que había en uno de los lados del portón de recias tablas, cuando, de repente, se abrió una de las hojas y un gigantesco individuo apareció ante sus ojos.

Era un hombre de color, con el cráneo completamente afeitado y la musculatura de un Hércules. Vestía una simple blusa de color gris y pantalones amplios, de tejido liviano, con sandalias sujetas al pie por una simple tira.

Ellis conocía el nombre del criado negro.

—Jonathan, deseo ver a la señora Ruth Scull. Soy Nevil Ellis —manifestó.

El criado hizo un gesto de aquiescencia y se echó a un lado. Ellis pasó al interior de la casa.

Un ligero olor dulzón asaltó inmediatamente su nariz. Pero se abstrajo en la contemplación del interior, discretamente amueblado y con una decoración un tanto pasada de moda.

Jonathan le condujo hasta una sala situada a su derecha. Había un par de estantes con libros, una mesa y algunos sillones. La chimenea era de piedra, muy antigua, con unos morillos de hierro forjado, muy atractivos.

Ellis sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente. Hacía un calor espantoso. El cielo estaba completamente cubierto.

De pronto, oyó ruido de tacones femeninos. Se volvió. Ruth apareció en el umbral.

—¡Cuánto me alegro de su visita, señor Ellis! —dijo la joven, a la vez que le tendía ambas manos.

Ellis se quedó parado de asombro. El aspecto de Ruth era completamente distinto del que ofrecía cuando la conoció por vez primera.

Ahora ella vestía una especie de blusa, muy ajustada a las curvas de su busto opulento, cuyo escote en V llegaba hasta la cintura. La prenda era de color negro, lo mismo que los pantalones que parecían de tejido flexible y muy liviano, como la mitad inferior de una malla de bailarina. Los tacones eran muy altos, de diez centímetros por lo menos.

Estaba terriblemente atractiva, reconoció Ellis para sí, mientras murmuraba unas frases banales. De pronto, Jonathan entró con una bandeja en la que había un par de botellas, vasos y un cubito con hielo.

—Déjalo ahí, Jonathan —indicó la joven.

El negro asintió, se retiró y cerró la puerta.

—Es mudo, pero oye perfectamente —explicó Ruth—. Además, es un hombre de absoluta lealtad hacia nosotras.

—Una cualidad muy encomiable —sonrió Ellis, mientras aceptaba el vaso que le tendía su anfitriona—. Señora, permítame que le dé las gracias por haberme enviado al doctor Warburton. Aunque sus servicios no eran estrictamente necesarios, me agradó recibir sus cuidados médicos, sobre todo porque dijo que había sido enviado por usted.

—Justa correspondencia al favor que me hizo días atrás —rió ella—. ¿Se encuentra ya bien, señor Ellis?

—Perfectamente, señora Scull. Pero, dígame, ya que me muero de curiosidad, ¿cómo supo usted que yo había sido atacado?

Un fortísimo trueno retumbó en el cielo, haciendo vibrar los

cristales de la estancia.

Ruth sonrió enigmáticamente.

—Temo que va a descargar la tormenta —dijo.

CAPITULO VII

Llovía furiosamente.

Ellis recordó la frase bíblica con la que se describía el principio del Diluvio. «Y entonces, se abrieron las cataratas del cielo…».

—Eso parece suceder ahora —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Ruth.

Ellis le explicó lo que acababa de pensar. Ella sonrió.

—Sí, se han abierto las cataratas celestes —convino—. Si la tormenta no amaina, deberá quedarse en casa.

—Oh, por favor, señora, no querría causarles molestia…

—No es molestia, sino cuidado que nos tomaríamos por usted. Cuando llueve con tanta intensidad, el camino se pone realmente intransitable. Hay un par de lugares por donde pasa muy próximo al río. Su coche podría resbalar… y, créame, con el nivel muy crecido y la corriente rápida, no podría salvarse. Además, hay sitio de sobra.

—Todavía no es de noche —sonrió Ellis—. Puede amainar.

—Desde luego. Pero imagino que usted no tiene prisa.

—En absoluto, señora Scull.

Ella se reclinó en el sillón en que estaba sentada y miró sonriente al joven.

—Usted ha oído hablar mucho de nosotras en Hynorad —dijo.

—No podría negarlo —admitió Ellis—. Sin embargo, debo decirle que soy persona que no hace demasiado caso de las habladurías de los pueblos.

—Algunos nos creen asesinas.

—Yo no pienso así.

—Éramos tres hermanas y nos casamos con tres hermanos. Nuestros esposos murieron al mismo tiempo. Curioso, ¿no?

—Poco común, señora.

—La verdad es que no debería hacerle esta confidencia, pero

nuestros maridos llevaban en el cuerpo una copa de más. Habían salido para un viaje de negocios, pero aprovecharon también para divertirse antes de emprender la vuelta.

—El accidente resultaba casi inevitable.

—Así sucedió —dijo Ruth, suspirando hondamente—. ¿Puede imaginarse usted la tragedia que fue para nosotras conocer la horrible noticia?

—No pasaron buen rato, desde luego —convino Ellis.

—Yo amaba a mi esposo, y lo mismo sucedía con mis hermanas. Pero el tiempo pasa… y creo que tenemos derecho a vivir.

—Pleno derecho, señora Scull.

Ruth sonrió.

—En fin, no hablemos de cosas tristes —dijo—. Créame que su visita me ha alegrado enormemente. De este modo podrá comprobar que no… no somos las devoradoras de hombres que algunos se imaginan.

—Espíritus timoratos, cuando no envidiosos o resentidos.

—Así es, y celebro enormemente que usted no sea de esa clase de hombres. Corren muchas historias extrañas sobre nosotras; no haga caso de ninguna de ellas. La única verdad es que vinimos aquí, al encontrar un lugar retirado, que nos permitiera ayudar a encontrar consuelo en el duro trance por el que habíamos pasado. Afortunadamente, ya nos vamos recobrando.

—De todo lo cual me alegro infinito, señora Scull. Por cierto, no conozco aún a sus hermanas…

—Las conocerá durante la cena. —Ruth miró hacia la ventana—. La lluvia no da señales de amainar —añadió.

Una mujer muy bella, pero también sumamente astuta, porque Ellis no había conseguido todavía saber cómo se había enterado ella del ataque de que había sido objeto tan misteriosamente.

«A menos que el atacante fuera ella o una de sus hermanas. No hace falta tener mucha fuerza para darle a uno un buen estacazo en la nuca con un garrote», pensó.

Y ¿quién había hecho desaparecer el cadáver de Thames?

Más tarde, en efecto, conoció a June y a Olivia Scull, tan hermosas o más que Ruth y tan parecidas, que la diferencia de edad resultaba poco menos que imperceptible.

El que no se hizo visible fue Warburton. Ellis, discreto, no quiso

preguntar por los motivos de su ausencia durante la cena, servida eficientemente por Jonathan.

Tampoco se atrevió a preguntar si el presuntuoso Rutledge había ido a tomar el té con June.

* * *

Seguía lloviendo.

En su habitación, Ellis reflexionaba sobre todo cuanto había visto y oído durante la tarde. Aún no se había acostado y paseaba arriba y abajo por el amplio dormitorio, mientras fumaba un cigarrillo.

Las hermanas Scull se habían portado maravillosamente con él, amables, atentas y con una simpatía desbordante, que echaba por tierra, al menos ante sus ojos, todo cuanto de desagradable había oído sobre ellas en Hynorad.

Sin embargo, Ellis no se sentía tranquilo del todo.

¿Aprensión?

En ocasiones, June, Olivia y Ruth le habían dado la sensación de adormecer sus suspicacias con el trato exquisito que le habían dado. Tres hermosas mujeres, las tres con un singular parecido no sólo del rostro, sino del cuerpo, que casi las hacía parecer fruto de un nacimiento simultáneo… pero, también, a veces había creído ver tres arañas dispuestas a devorar la presa en el momento en que se presentase la ocasión.

¿Era él la presa?

Una extraña historia la de las hermanas, las tres casadas con tres hermanos y éstos muertos en el mismo momento, dejando tras sí una suculenta herencia de seiscientos mil dólares en total, producto de tres pólizas de seguro enteramente iguales.

Y el extraño doctor Warburton y el enigmático criado mudo, del que, si no se equivocaba, tenía la seguridad le faltaba la lengua…

¿Cuál era el misterio de la Casa de Carne?

La luz de la habitación estaba encendida, ya que Ellis se sentía todavía desvelado. Se había llevado un libro para leer en la cama, pero no tenía el menor deseo de sumergirse en su lectura.

Las cortinas de las dos ventanas estaban corridas. En el exterior, la temperatura había bajado considerablemente, debido a la lluvia que caía intensa y pertinazmente desde media tarde. Dentro de la

casa, sin embargo, hacía bastante calor.

Se había quitado la chaqueta y aflojado el nudo de la corbata. Tiró el cigarrillo a la chimenea, apagada dada la estación, y casi inmediatamente, encendió otro.

De repente, se percató del extraño color de los muros. Había un par de reproducciones de cuadros famosos y algunos objetos de adorno sobre la repisa de la chimenea, pero, por lo demás, las paredes aparecían casi completamente desnudas, permitiendo ver la separación de las piedras de que estaban construidas.

El color era el mismo blanco-rosado de las piedras de la fachada. Se acordó del aspecto de la casa, vista de frente, que parecía el extraño rostro de un animal mitológico, ávido de sus presas. ¿Y el color de las paredes?, se preguntó una vez más.

De pronto, se acercó al muro más extraño y puso una mano sobre una de las piedras. Casi inmediatamente, la retiró, a la vez que saltaba hacia atrás.

Sacó el pañuelo. Tenía la frente llena de sudor.

—No… no es posible… —murmuró—. Esta casa es de piedra… no de carne cálida y viva…

Al tocar la piedra había notado en ella cierta blandura, así como una temperatura que no era propia de un sillar de granito. El terror se apoderó por unos instantes de su mente.

Iba a ser devorado por aquella casa que, pese a su apariencia, era un ser viviente.

Armándose de valor, tocó la pared nuevamente. La sensación persistía idéntica.

De súbito, creyó oír voces en el exterior.

Impulsivamente, se acercó a la puerta, pero un rastro de prudencia le hizo entreabrirla solamente. Sí, las tres hermanas estaban abajo, en el amplio zaguán. Una de ellas protestaba, pero sus voces eran tan parecidas, que no podía distinguirlas.

—Me toca a mí. Tú ya tuviste el otro día tu… ración.

—Pero, querida, creo que te equivocas…

—No me equivoco. Es para mí, ¿lo entiendes?

—Anda, déjala —intervino la tercera hermana—. Tiene derecho a… su ración, como ha dicho.

Sonó una extraña risita.

—La verdad, no es un hombre del todo desagradable —dijo otra.

Sonaron pasos en las inmediaciones. Ellis cerró la puerta. ¿A qué se refería aquella enigmática conversación?

De repente, notó que tenía la boca completamente seca.

Sobre la mesilla de noche, había un vaso con leche fría. Ellis se lo llevó a la boca y bebió un largo trago, antes de darse cuenta de que alguien había puesto una droga en el líquido.

* * *

Los ojos de la araña brillaban fosforescentes en la oscuridad. Ellis la veía, a los pies del lecho, enorme, gigantesca, haciendo tabletear los artejos mortíferos. De cuando en cuando, se frotaba las patas delanteras, que emitían un débil chirrido de insidiosos sonidos.

La araña avanzó hacia él paso a paso. Ellis quería moverse, pero una fuerza superior a la suya le impedía moverse del lecho. Primero sintió la presión de sus patas en las piernas, luego en el vientre, más tarde en el pecho. Un extraño olor se desprendía del velludo cuerpo del gigantesco arácnido, agradable y repelente a un tiempo.

Las patas delanteras rozaron su cuello. Aquel contacto le hizo sentir un horror infinito. Seguía inmóvil, absolutamente sin fuerzas. Pero las patas de la araña no le causaron ningún mal cuando rodearon su cuello con una extraña presión, antes al contrario, parecían acariciarle.

Los artejos, capaces de degollarle de un solo golpe, se acercaron a su boca. Súbitamente, se convirtieron en dos rojos labios, húmedos y sensuales. Ellis consiguió gritar y rechazar a la araña, que cayó al suelo con sordo golpe. El joven pudo sentarse y encendió la luz, dispuesto a pelear ferozmente con el arácnido.

Pero, con enorme asombro por su parte, la araña resultó ser una mujer.

Ellis parpadeó al ver a Ruth Scull, ya levantada, frotándose la cadera derecha. Ruth sonreía de un modo singular.

—No es usted muy… afectuoso que digamos —murmuró—. Vaya una manera que tiene de rechazar las caricias de una mujer hermosa.

Ellis la contempló con asombro. Ruth tenía el pelo completamente suelto y vestía un largo peinador de tules blancos, a través del cual se entreveían las formas de su cuerpo de atractiva

esbeltez.

—Dispénseme —murmuró, lleno de turbación—. Creo que soñaba…

—Estoy seguro de ello. Continuamente repetía: «¡Vete, márchate, maldita araña!». —Ruth se echó a reír—. ¿De verdad le parezco una araña?

—Bueno, no, pero…

Ruth se sentó en el borde de la cama y le dirigió una penetrante mirada.

—¿Acaso una mujer apasionada y solitaria no puede buscar un poco de amor? —preguntó con voz insinuante.

Ellis dudó.

—Si… si realmente es eso lo que quería, ¿por qué puso una droga en mi vaso de leche? —exclamó.

Los ojos de Ruth se dirigieron hacia el vaso mediado. De pronto, alargó la mano y probó su contenido.

—Oh, ha debido de ser una confusión de Jonathan. En las noches de tormenta, Olivia se pone muy nerviosa y toma un sedante mezclado con la leche. Sin duda, se confundió al repartir los vasos por las habitaciones y usted tomó el correspondiente a Olivia. El sedante causó su pesadilla, créame.

—Estoy seguro de ello —convino Ellis, aunque no admitía, en su fuero interno, en la confusión del criado. Pero la pesadilla había tenido unos aspectos de horrible realidad y la almohada estaba mojada con el sudor que había brotado de su cabeza durante aquel espantoso sueño.

—Y, además, está sugestionado por las habladurías de los pueblerinos, que piensan somos una especie de arañas que devoramos a los hombres —añadió Ruth.

—Yo no pienso así, señora Scull…

—Llámeme Ruth —sonrió ella.

Se acercó un poco más al joven. Ellis percibió aquel perfume, ya conocido durante el sueño. Los ojos de Ruth brillaban peligrosamente.

—Llámame Ruth, Nevil —susurró ella.

Sus brazos emergieron del peinador y rodearon el cuello del joven. Ellis notó el cálido contacto, que minutos antes le había parecido muy distinto. Pero ahora estaba ya despierto… y Ruth

poseía un extraño atractivo.

Alargó los brazos hacia ella. De súbito, cuando las bocas ya se confundían en un ardiente beso, se oyó un horrible chillido que procedía de la planta baja.

Era un horripilante alarido, que sobresaltó a Ruth y la hizo ponerse en pie instantáneamente. Ellis volvió a sentir su frente húmeda.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, lleno de aprensiones.

La cara de Ruth se había deformado un instante, a consecuencia de un extraño sentimiento, en el que había una buena dosis de ira. Haciendo un esfuerzo, consiguió sonreír.

—No haga caso. Jonathan padece de cuando en cuando algunas pesadillas. Todavía tiene grabado en su mente el espantoso momento en que unos blancos salvajes le cortaron la lengua, por haberse mofado públicamente del Ku-Klux-Klan.

—Pero si no tiene lengua, no puede…

—No puede articular sonidos inteligibles, aunque sí gritar, en caso necesario. —Ruth hizo un gesto simultáneo con las manos—. En fin, se ha estropeado la noche. —Maliciosamente, añadió—: Otra vez será, Nevil.

Se dirigió hacia la puerta y puso la mano en el pomo.

—Debo ayudar a mis hermanas a cuidar a Jonathan. Es un hombre enteramente fiel y nosotras le tenemos un gran afecto. Buenas noches… y no sueñe más con las arañas.

CAPITULO VIII

Cuando despertó por la mañana, se sintió cansado y enervado. Era cosa de la droga y de la mala noche pasada. Hasta muy cerca de la madrugada, no logró conciliar el sueño, aunque, por fortuna, ya no volvió a ver a la araña.

El agua fría de la ducha le despejó considerablemente. Se vistió y descorrió las cortinas. El sol había salido de nuevo; el cielo aparecía completamente despejado y vaharadas de vapor se elevaban de la tierra húmeda.

Ellis decidió despedirse de sus bellas anfitrionas. Mentalmente, se juró no pasar una segunda noche en aquella casa.

¿Era de carne realmente?

Tocó un par de piedras de las que había junto a la puerta. ¿Por qué aquel tacto suave y ligeramente cálido?

Abrió y salió al pasillo. Apenas había avanzado un par de metros, vio venir a la araña a todo correr.

Se quedó helado. Ahora estaba completamente despierto, los efectos de la droga habían sido eliminados de su organismo. Ya no podía achacar la visión de aquel horrible ser a una pesadilla.

La araña se le echó encima, saltando de un modo singular. Ellis estuvo a punto de caer redondo. Pero, de repente, oyó el más extraño sonido que podía imaginarse y que, desde luego, un arácnido no emitiría jamás:

—¡Guau, guau, guau…!

La araña seguía saltando a su alrededor. De pronto sonó una voz femenina:

—«¡Jessie!». ¡Aquí, ven inmediatamente!

June Scull salió de una puerta próxima y corrió hacia la araña ladradora. Vio el aspecto que ofrecía Ellis y se echó a reír.

—Oh, señor Ellis, cuánto lo siento… Pero esta perrita nuestra es tan traviesa… «Jessie», ¿quieres estarte quieta de una vez?

June, vestida con blusa y pantalones, se arrodilló junto a la araña y tiró de la parte superior de su cuerpo. Un perro algo mayor que un pekinés, de raza indefinida, pero muy bonito, apareció inmediatamente ante los asombrados ojos del joven.

El cuerpo de la araña quedó fláccido e inmóvil en el suelo. June cogió a la perrita en brazos y miró sonriente a su huésped.

—Perdone el susto que le hemos dado —dijo—. «Jessie» es muy traviesa y ha aprendido a meterse en el cuerpo de la supuesta araña, para corretear por ahí. Créame que lo siento de veras, señor Ellis.

—No… no tiene importancia, señora. E… es una perrita muy mona —alabó el joven.

«Jessie» emitió varios chillones ladridos. June continuó:

—Supongo que mi hermana Ruth ya le habrá contado algunas de las cosas que dicen esos estúpidos palurdos de Hynorad sobre nosotras. Hubo un tiempo en que rondaban mucho la casa y decidimos darles un buen susto, a base de construir un cuerpo de araña, con sus patas y todo. Tendría que haber visto correr a media docena de idiotas, cuando soltamos a «Jessie» con su disfraz. Pero así nos han dejado tranquilas, créame.

—No lo dudo, señora. —Ellis se preguntó dónde habría estado «Jessie» durante toda la tarde y la noche precedentes, pero no quiso hacer públicas sus dudas.

June se inclinó y cogió la piel, cosida en forma de araña. Era de color rojizo oscuro, a base de recortes de piel de conejo, teñidos y con el pelo natural un tanto rasurado. Las patas poseían cierta rigidez, salvo en las articulaciones. Al correr «Jessie» con aquel adminículo acomodado a su cuerpo, podía engañar a cualquiera en los primeros momentos.

A él le había engañado, indudablemente.

—Si tiene la bondad de acompañarme, diré a Jonathan que le sirva el desayuno, señor Ellis —dijo June.

—Oh, señora, no quisiera ser molesto…

—Por favor, usted es un buen amigo —sonrió ella.

Más tarde, Ellis se despidió de las tres hermanas, prometiéndoles una visita en una fecha próxima. Disimuladamente, al salir, tocó la pared contigua al portón.

Aquella maldita casa, ¿era realmente de carne?

* * *

Los ojos de Spring Murphy se dilataron de asombro al ver a su visitante en el umbral de la puerta.

—Menos mal que da señales de vida —dijo un tanto irónicamente—. Ya empezaba a pensar en la conveniencia de organizar una expedición de rescate.

—Le avisé anoche por teléfono. Era imposible regresar al pueblo —se disculpó él.

—Ya, el tiempo infernal… y tres hermosas mujeres. ¿Cuál de ellas le agradó más, Nevil?

—Esto no es cosa de broma, Spring —rezongó Ellis, a la vez que se sentaba frente a la muchacha—. He pasado una noche infernal.

—Con pesadillas y todo.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo figuro. ¿Qué ha soñado, Nevil?

—Arañas. Bueno, en singular. Una araña quería devorarme y…

—Y aunque tenía ocho patas y el cuerpo velludo, su rostro era el de Ruth Scull.

—¿Es usted adivina de los sueños?

—Psé… Simplemente, psicología —dijo Spring maliciosamente.

—Lo que ha dicho es rigurosamente cierto: soñé con la araña gigantesca y, de pronto, se transformó en Ruth Scull.

—Y ella dijo: «¡Oh, amor mío, tómame!».

—Pues no lo eche ahora a broma, porque también es cierto. Soñé… y cuando me desperté, tenía a Ruth a mi lado. Pero lo que no ha adivinado es que la leche que me pusieron junto a la cama, estaba drogada. Ruth dice que es un sedante, y en cierto modo debe de tener razón, pero creo que también contenía una mínima dosis de alguna droga alucinógena.

Spring había dejado de sonreír.

—Me gustaría creerle —dijo con voz cortante.

—Tanto si me cree como si no, eso es lo que ocurrió. Pero todavía hay más.

—¿Más? —Spring se echó a reír, pero su risa no era sincera—. Nevil, ¿va a contarme alguna historia erótica de Las Mil y Una Noches?

Ellis no hizo caso de la pulla.

—¿Por qué le llaman a MacIntosh House la Casa de Carne? —

preguntó.

—Bueno, el color de la piedra, visto a cierta distancia… Y la fachada no me negará usted que es estremecedora. Parece la cabeza de una gran fiera, dispuesta a devorar al primero que cruce el umbral.

—Es sólo un efecto óptico, aunque realmente asombroso. Pero no es lo peor; lo peor está dentro, en las paredes… y si yo no fuese más bien escéptico y dado a usar la razón antes que la fantasía, diría que son de carne. Sí, señorita Murphy, carne, tibia y relativamente blanda, no como la zona del vientre, sino más bien como los bíceps tensos de un boxeador profesional. Y, por supuesto, el color.

Spring tenía la boca abierta y los ojos fijos en el rostro del joven. Estaba absolutamente inmóvil, pero, de repente, exclamó:

—¡Nevil! ¿Está seguro de que no le duran aún los efectos de la droga?

—Había una cantidad pequeñísima… o, de lo contrario, no me habría despertado un par de horas después de haber bebido medio vaso de leche, lo que reduce la dosis a la mitad. Y después he desayunado, con abundante café. Spring, aunque no me crea, estoy totalmente despejado y mi mente limpia. Repito, es cierto todo lo que le he dicho.

Ella se pasó una mano por la frente.

—Oiga, eso de las paredes de carne… ¿no se deberá al tapizado? —sugirió.

—No. Repito que las toqué varias veces, en mi dormitorio, en el corredor del primer piso, junto a la puerta de entrada… No hay error, Spring.

—Nevil, ahora se agitan en mí dos sentimientos contrapuestos: uno me dice que debo creerle, pero otro dice que todo resulta demasiado fantástico. No sé qué partido tomar.

—El de creerme. Todo cuanto le he contado es rigurosamente cierto.

—¿A qué fue Ruth a su dormitorio? —preguntó ella de sopetón.

—¡Spring, por Dios!

—Vaya, de modo que…

—Ella es una mujer, poco mayor que usted y nada fea. A pesar de sus hermanas, se siente sola.

—Y usted, claro, le procuró compañía…

—No. No hubo nada. Alguien gritó como si le degollasen.

Ellis explicó lo sucedido a partir del momento en que vio a Ruth junto a su cama. Spring dijo:

—No sabía yo que los del K. K. K. hubieran cometido semejante salvajada con el pobre Jonathan. Ahora es cuando comprendo su mudez.

—Y sus pesadillas. Usted también soñaría de cuando en cuando si unos bárbaros le hubiesen cortado la lengua.

—Indudablemente —convino ella con un fuerte estremecimiento—. De todas formas, no me gustaría haber pasado su pesadilla.

—Eso no es lo peor. A las diez de la mañana, cuando me levanté, creí ver a la araña arrojándose sobre mí. Y estaba completamente despierto, pero…

Ellis explicó también el tremendo susto recibido al ver a «Jessie» correteando por el pasillo superior con aquel espantoso disfraz. Spring empezó a darse cuenta de que no había la menor fantasía en el relato de su interlocutor.

—Alguna de esas mujeres está loca —dijo.

—Por lo menos, es lo suficientemente excéntrica como para haber construido semejante disfraz para «Jessie».

—Claro —exclamó la joven—, ahora comprendo el susto que se llevaron hace algunos meses varios tipos idiotas que fueron a merodear por MacIntosh House. Vieron una araña tan grande como un cordero…

—Era la perrita. Ellas la azuzaron contra aquellos tipos molestos. Y yo me hubiera divertido también muchísimo viéndolos correr.

—Entonces, de ahí proviene la leyenda.

—Pero lo que atacó a Johnny Kincaid no era «Jessie» disfrazada.

Hubo un momento de silencio. Luego, lentamente, Spring dijo:

—¿Existe realmente esa araña gigantesca, capaz de matar a un hombre y de devorarlo?

Ellis consultó su reloj.

—Tengo ganas de que lleguen los equipos de buceo —manifestó—. Pero no creo que estén en Hynorad antes de un par de días.

—¿Qué hará mientras tanto?

—Esperar. Por cierto, me gustaría que hablase con Rutledge.

Spring se mostró sorprendida de la petición.

—¿Para qué he de hablar con él? —exclamó.

—Conmigo, quizá se mostraría reticente. Estaba invitado ayer a tomar el té con una de las hermanas. Sin embargo, yo no lo vi…, aunque cabe la posibilidad de que fuese una entrevista íntima.

—Pero ayer diluviaba. Usted hubo de quedarse allí. Si Rutledge hubiera ido, se habría quedado también.

De pronto, Ellis concibió una idea.

—¿Por qué no vamos los dos? —sugirió.

Spring se puso en pie inmediatamente.

—No hay objeción —contestó.

CAPITULO IX

El encargado de la cantina se llamaba Dan White y era un sujeto cercano a los cincuenta años y de rostro melancólico. Cuando Spring le preguntó por su amo, White se mostró sorprendido.

—No le he visto desde ayer por la tarde —manifestó—. Pero eso no es raro; hay muchos días en que no aparece por aquí. Puede que esté en su casa, durmiendo todavía.

—¿A las doce del mediodía? —se extrañó Ellis.

—No sería la primera vez —respondió White maliciosamente—. Sobre todo, si ha estado… jugando a las cartas con Norma Gary.

Ellis se volvió hacia la muchacha.

—¿Conoce usted a Norma Gary? —preguntó.

Spring tenía el rostro tenso.

—Sí —admitió—. Es una viuda todavía joven que… Bueno, a veces, ella y Rutledge…

—No siga, comprendo el resto —dijo Ellis.

—Pero también cabe que haya ido al molino —indicó White.

—¿El molino?

—Claro —terció Spring—, ¿acaso cree que la presa es un simple adorno en el paisaje?

—El molino pertenece al señor Rutledge —aclaró White.

—Bien, vamos a enterarnos primero si está en su casa —propuso Ellis.

Después de dar las gracias a White, salieron a la calle. Spring guió a Ellis hasta la casa de Rutledge, situada en uno de los lugares más céntricos de Hynorad.

Había una mujer barriendo el suelo de la pequeña veranda. Spring llamó su atención desde la valla que delimitaba el jardín que rodeaba la casa.

—Mabel, ¿está el señor Rutledge?

La mujer suspendió su tarea inmediatamente.

—No, señorita; no le he visto en toda la mañana. Creo que no ha pasado la noche en casa, porque su cama está intacta —respondió—. Por lo demás, eso no es extraño en él.

—Sí, claro. Gracias, Mabel.

Spring dio media vuelta.

—No nos queda otro recurso que preguntar a Norma Gary —dijo, evidentemente disgustada.

—Parece como si esa mujer no le fuese simpática, Spring —comentó Ellis.

—No, no siento ninguna simpatía hacia ella y, si le he de ser sincera, desearía que se marchase de Hynorad. Pero comprendo que tiene derecho a permanecer aquí.

—Spring, ¿puede arrojar usted la primera piedra?

Ella apretó los labios. Ya no dijo nada, hasta detenerse ante una casita, situada cerca de la salida del pueblo.

A la llamada de Spring, apareció en la puerta una mujer de unos treinta y cinco años, con el pelo estrepitosamente teñido de amarillo y un humeante cigarrillo entre los labios, madrugadoramente pintados de un rojo estridente. Norma Gary tenía un cuerpo de curvas exuberantes y una expresión de moderado cinismo en su rostro.

—Ah, es el hermoso *marshall* de Hynorad —dijo burlonamente—. ¿Puedo servirle en algo, *marshall*?

—Señora Gary, éste es el señor Ellis —contestó la muchacha—. Estamos buscando a Fred; nos interesa hablar con él.

—¿Fred Rutledge? —Norma rió agriamente—. Pierden el tiempo; hace semanas enteras que no le veo.

—Yo creí… —dijo Spring, desconcertada.

—Ha creído mal, muchacha. Yo ya no soy la mujer ideal para Fred. Juró mil veces que se casaría conmigo, pero cada vez que lo juraba, tenía una mano atrás y los dedos entrelazados. June Scull es mucho más distinguida… y, desde luego, con bastante más dinero que yo.

—Entonces, no…

—No ha pasado la noche en mi casa —declaró Norma crudamente—. Y si le ha ocurrido algo malo, dígamelo pronto, *marshall*; iré a bailar de alegría delante del hospital… o sobre su tumba.

Norma retrocedió y cerró de un portazo. Spring no sabía qué decir.

Ellis sonrió a medias.

—Tiene genio —comentó.

Spring asintió.

—Está despechada y es lógico —respondió—. Si pensaba casarse con Rutledge y éste le ha dado de lado, no se puede esperar que albergue sentimientos cariñosos hacia él.

—Está bien. ¿Vamos al molino?

—Sí. Burt Bascomb es el encargado y nos dirá algo sobre Rutledge.

* * *

Ellis detuvo el coche en las inmediaciones de la presa, por cuyo borde saltaba el agua, debido a la crecida del río originada por la tormenta de la víspera. El lugar era encantador y poseía un atractivo singular, debido a la abundancia de césped y arbolado, que contorneaban un pequeño lago de unos doscientos metros de largo por cuarenta o cincuenta de anchura. El lago se alargaba hacia el final, cuando el río recobraba su apariencia normal. A unos cuatrocientos metros, hacía una gran curva que lo ocultaba entre los árboles.

La presa era sólida, con una ancha pasarela en el coronamiento. En el centro se veía la rueda de apertura de una compuerta del aliviadero, la cual funcionaba manualmente. Al otro lado se divisaba la entrada del canal que llevaba al molino una parte del caudal del río.

—Fue el padre de Rutledge quien construyó la presa —explicó Spring, mientras la cruzaban sin prisas—. Es preciso reconocer que tuvo una buena idea; no sólo mejoró el paisaje, aunque algunos lamenten la pérdida de la cascada antigua, sino que le permitió hacer funcionar su molino con electricidad, generada en una pequeña central que, por otra parte, abastece también a Hynorad.

—Lo cual significa una sustanciosa renta para el heredero —dijo Ellis.

—Imagínese, Nevil.

Junto al canal había un camino que, serpenteando entre los árboles, conducía al molino situado casi a mil metros de distancia.

Había allí un fuerte desnivel y el agua derivada del río descendía encauzada por una gran tubería hasta la turbina generadora de electricidad.

Un hombre salió del edificio principal al verles llegar.

—Señorita Murphy —saludó amablemente.

—Hola, Burt. Éste es el señor Ellis —presentó la joven—. Nevil, Burt Bascomb, encargado del molino.

Los dos hombres se saludaron con un fuerte apretón de manos.

—Estamos buscando a su patrón, Burt —manifestó la muchacha.

Bascomb arqueó las cejas.

—¿El señor Rutledge? Lo siento, hace al menos tres días que no le he visto por aquí —declaró.

—¿Seguro? —preguntó Ellis.

—Absolutamente, señor.

—Pero Fred le llama a veces por teléfono —alegó Spring.

—Es cierto. Ayer hablé con él —admitió Bascomb.

—¿A qué hora, Burt?

—Serían las once y media. De la mañana, claro.

—Y no ha vuelto a llamarle ni ha aparecido por aquí —dijo Ellis.

—Así es —insistió Bascomb.

Ellis se volvió hacia la muchacha.

—Tendremos que seguir buscando —indicó.

—¿Acaso le ha sucedido algo al señor Rutledge? —Se alarmó Bascomb.

—No creemos…, pero nos interesa hablar con él —dijo Spring.

Bascomb meneó la cabeza.

—Es mi patrón y no debiera decirlo, pero tiene un genio bastante difícil. Yo le he dicho en más de una ocasión que debía moderarse, pero nunca me hizo caso.

—¿Teme alguna venganza, Burt? —preguntó Ellis.

—Hablando francamente, y también de un modo confidencial, lo que menos tiene mi jefe en Hynorad son amigos.

—Salvo los que le adulan y ríen sus gracias —dijo el joven, recordando la invitación de Rutledge el día en que le oyó alardear de haber sido invitado por June Scull.

—Bah, parásitos y gandules que no tienen dónde caerse muertos —respondió Bascomb despectivamente—. Yo hablo de personas decentes y trabajadoras, no de esos sujetos despreciables, capaces

de reír la mayor estupidez por un vaso de cerveza.

Ellis asintió. Era una descripción harto gráfica de los tres o cuatro sujetos a los que Rutledge le había presentado en la taberna.

—Está bien, muchas gracias, Burt —se despidió Ellis.

—A mí no me paga demasiado, pero vivo con mi familia en un buen sitio y tengo un huertecito que me ahorra bastante dinero —declaró Bascomb—. Me gustaría que no le hubiese ocurrido nada; de lo contrario, me vería en una difícil situación.

—Todo se arreglará, Burt —sonrió Spring.

Volvieron sobre sus pasos. Ellis abrió la portezuela para que la joven pudiera entrar en el coche.

—Estoy preocupado —dijo Ellis, en el momento de arrancar.

—¿Por qué, Nevil?

—El grito que escuché anoche… No puedo quitármelo de la memoria.

—Fue Jonathan, según le dijeron.

—Era un grito demasiado claro para un hombre que carece de lengua —alegó él—. Puede que esté equivocado, pero… tengo unas ganas locas de que venga Parrow con sus equipos de buceo.

—¿Ha dicho equipos? —preguntó Spring.

—Sí, nos sumergiremos los dos. Tengo un vivo empeño en explorar el fondo de la presa.

—Son sesenta metros, lo que equivale a seis atmósferas, Nevil.

—He buceado bastante —sonrió él—. Oiga, ¿le parecería bien que interrogase a Jonathan?

—¿Cómo lo haría, Nevil?

—Yo formularía preguntas y él contestaría por escrito, naturalmente. Puede oír, recuerde.

—Está bien, veremos de complacer sus deseos. Pero quizá las hermanas Scull se nieguen…

—Obtenga un mandamiento judicial. Puede hacerlo.

—Sí, será lo mejor —convino Spring.

Minutos después, se detenían ante la casa de Spring.

—Vamos a almorzar, Nevil —propuso ella con toda naturalidad.

Dejaron el coche y entraron en la casa. La señora Murphy dijo:

—Spring, han traído un paquete para ti. Lo he dejado en tu despacho.

—Está bien, mamá. Dale un trago a Nevil, ¿quieres?

Spring dejó a Ellis sólo con su madre. La señora Murphy consultó:

—¿Con hielo, muchacho?

—Dado el tiempo que tenemos, un par de cubitos sentarían muy bien —sonrió Ellis.

La señora Murphy se alejó hacia la cocina. De repente, un estridente alarido salió del despacho de Spring y llenó con sus agudas notas todo el ámbito de la casa.

CAPITULO X

Ellis se precipitó hacia el despacho. La puerta estaba entreabierta y la empujó. Entonces vio algo que le dejó petrificado por el horror.

Sobre la mesa de trabajo había un papel de envolver y una cajita de cartón, con la tapa a un lado. Spring estaba en pie, absolutamente inmóvil, con las yemas de los dedos de la mano derecha encima de la mesa.

El vestido que llevaba era de manga corta. Sobre el antebrazo izquierdo había una monstruosa araña, de color oscuro, velluda, cuyas patas, extendidas, alcanzaban casi los quince centímetros.

Ellis se dio cuenta inmediatamente del terrible peligro que corría la joven. Detrás de él, sonó una ahogada exclamación; la madre de Spring había visto también el espantoso arácnido.

—Silencio, señora —dijo Ellis con voz cortante.

Edna Murphy se calló a medias, porque emitió un leve gemido, que no había podido contener. Ellis se preguntó por la forma mejor de combatir al pequeño monstruo.

—Spring, serénese —aconsejó a media voz—. No se mueva, no respire; permanezca quieta, por lo que más quiera.

Ella hizo un ligerísimo movimiento de la cabeza, como para indicar que había comprendido las palabras del joven. Éste se volvió hacia la señora Murphy.

—Busque un palo, rápido —pidió.

Edna se marchó en el acto. La araña, observó Ellis, continuaba inmóvil.

—Spring, ¿ha sentido la picadura? —preguntó.

—No… —Contestó ella, con voz que era apenas un susurro—. Abrí la caja y saltó sobre mi brazo… Pero veo que mueve…, mueve los artejos…

—Nevil —dijo Edna.

Ellis alargó el brazo. Edna le puso en la mano el palo de una

escoba.

—Quieta, Spring —dijo.

Ellis avanzó paso a paso. Alargó la mano y colocó el palo en el hombro de la muchacha.

De repente, hizo resbalar el palo hacia abajo, empleando todas sus fuerzas. Raseando la manga y la piel de la muchacha, el palo alcanzó al arácnido y lo tiró sobre la mesa, de la que rebotó al suelo.

La araña quedó patas arriba, moviéndose furiosamente. Ellis oyó un sordo golpe a sus espaldas, pero toda su atención estaba centrada en el artrópodo.

Sobre la mesa había un pesado cenicero de metal. Ellis lo usó sin más contemplaciones.

De repente, Edna gritó:

—¡Spring se ha desmayado!

Ellis se volvió.

—Es lo mejor que ha podido pasarle —contestó.

Se arrodilló junto a la muchacha y examinó con gran atención la epidermis del brazo. Con gran alivio, vio que la piel permanecía intacta, sin la menor señal de picadura.

Acto seguido, cogió a Spring en brazos.

—Indíqueme su dormitorio, señora Murphy —pidió.

Edna echó a correr. Ellis dejó a Spring sobre su cama.

—Tápela con una manta y prepare café caliente con algo de *brandy* para cuando despierte —dijo.

Ellis volvió al despacho. Tenía que hacer una tarea poco agradable: limpiar el suelo de los restos del arácnido.

Cuando terminó, examinó la caja con interés profesional. La araña había viajado en ella. En el fondo de la caja había un papel escrito:

«La mordedura de “Bonnie” no es mortal, aunque sí duele bastante. Si no se está quieta, le enviaremos otra de las que matan».

* * *

Spring estaba en la cama, reclinada sobre un par de almohadones. En las manos sostenía la taza y el plato. Todavía tenía el rostro completamente blanco.

—He pasado un miedo horrible —dijo—. No sé cómo no eché a

correr; me quedé convertida en una estatua…

—Tal vez fue lo mejor —manifestó Ellis—. De otro modo, la araña habría percibido un movimiento, que hubiera estimado como hostil, y la habría mordido.

—Y ahora yo estaría muerta.

Ellis meneó la cabeza, a la vez que alargaba el misterioso mensaje encontrado en la caja. Spring lo leyó, con atención, pero, al terminar la lectura, su rostro mostraba claramente el asombro que sentía.

—Si no me estoy quieta… Eso quiere decir que debo dejar de investigar —exclamó.

—Una advertencia típica de un criminal que se siente en peligro —dijo Ellis.

—¡Pero si prácticamente no sabemos nada aún, Nevil!

Ellis alargó la mano y recobró la nota.

—Quizá el criminal piense que sabemos más de la cuenta, Spring —opinó.

—No sé… Me siento desconcertada… Oficialmente no hay ningún crimen. En el caso de Johnny, fue atacado por una alimaña, aunque nosotros sepamos que murió a causa del ataque de la araña. Lo mismo se podría decir de Jack Thames, así que ¿dónde están los asesinatos?

—Ha olvidado usted un muerto, Spring.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—El doctor Poulsen.

—¡Pero se ahogó, Nevil!

—Oh, sí, claro que se ahogó. Cuando uno cae a un sitio como la presa del molino, se ahoga. Lo mismo da que se caiga o que lo empujen; los resultados son idénticos. Pero todavía estoy por ver a un ahogado que no vuelva a la superficie un par de días más tarde… a menos que su cuerpo esté bien lastrado.

Spring se mordió los labios.

—De modo que usted opina que Poulsen fue asesinado —dijo.

—Para mí, no hay duda alguna. Pero el que lo mató, no puede permitir que el cadáver vuelva a la superficie; se encontrarían huellas de algún golpe en la cabeza, por ejemplo. Por eso lo arrojó al agua, repito, convenientemente lastrado. Y luego, claro, simuló el accidente.

—Sí, voy entendiendo. Pero si no lo puede probar…

—Mañana llegará Mike Parrow, con sus equipos de buceo. Pronto saldremos de dudas, Spring, se lo aseguro.

—¿Y después, Nevil?

—Después, yo le entregaré nombres y pruebas y usted, como marshall de Hynorad, procederá a arrestar a los presuntos culpables, tras formular la acusación correspondiente.

Spring asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Así lo haré —prometió.

Ellis se puso en pie.

—Será mejor que descanse. No haga nada por hoy —aconsejó.

Abandonó el dormitorio. Abajo, Edna Murphy preparaba la cena.

—Está completamente repuesta —sonrió el joven.

—He pasado un miedo terrible —dijo Edna—. ¿De dónde ha podido salir un bicho tan espantoso?

—Eso es lo que yo quiero saber, señora Murphy. ¿Quién trajo el paquete?

—No lo sé. Ustedes habían salido y yo andaba por la casa. Al cabo de un rato, quise arreglar un rosal en la parte delantera y me encontré el paquete al pie de la entrada. Traía la dirección de Spring, así que se lo dejé en su despacho…

—Sería cosa de averiguar si alguien vio al mensajero —dijo Ellis pensativamente.

—Preguntaré a los vecinos —dijo Edna.

—Se lo agradeceré, señora Murphy.

* * *

Después de cenar, ya de noche, Ellis dijo que se iba a dar un paseo, aprovechando que hacía un tiempo estupendo. Prudentemente, se abstuvo de comunicar a las dos mujeres sus propósitos, a fin de evitarles aprensiones que no tenían por qué sentir.

El coche le llevó hasta las inmediaciones de MacIntosh House. Detuvo el vehículo a unos cuatrocientos metros del edificio y siguió su camino a pie.

Debajo de la chaqueta llevaba un revólver de seis tiros. Dadas las circunstancias, estimaba que le convenía ir armado.

En la casa había algunas luces encendidas. Una de ellas creyó pertenecía al dormitorio de Ruth Scull. Pero le interesaba explorar en otra dirección.

Lentamente, se acercó al edificio. Reinaba un silencio absoluto. De repente, oyó una voz femenina:

—¿Cuándo piensa terminar, doctor?

—Mi querida señora Scull número uno, acaba de hacerme usted una pregunta de imposible respuesta. ¿Cómo puedo fijar una fecha para el término de una tarea que puede, incluso, llevarme años enteros?

—Lo dudo mucho —dijo Olivia.

—¿Por qué?

—Porque antes se nos habrá acabado el dinero.

—Mujer…

—Yo opino otra cosa —intervino Ruth.

Ellis miró a ras de la ventana del comedor, en donde estaban las tres mujeres con el doctor Warburton.

—¿Cuál es tu opinión, querida? —preguntó June.

—El dinero no se acabará antes… Nosotras seremos las que acabemos devoradas por esta maldita casa. Doctor, ¿qué le hizo escoger MacIntosh House?

—Es un buen sitio, retirado, discreto, en un paraje ameno…

—Yo empiezo a pensar que los aldeanos tienen razón. Esta casa es de carne, es un ser vivo… Un día nos devorará a todos…

—Vamos, vamos, Ruth —dijo Warburton, conciliador—, no sea aprensiva. Esta casa es de piedra, como todas, claro. Le voy a dar un consejo, Ruth: está muy nerviosa. Tómese un calmante antes de irse a la cama.

—Váyase al diablo —contestó la joven malhumoradamente.

Warburton soltó una risita, a la vez que se ponía en pie.

—Bien, me voy a trabajar un poco —dijo—. Buenas noches.

Las tres mujeres se quedaron solas.

—Esto no puede seguir así —exclamó Ruth.

—¿Tienes alguna solución? —preguntó Olivia.

—Estamos atrapadas —dijo June desesperadamente.

—Fuisteis débiles —acusó Ruth—, si no hubierais hecho caso de sus proposiciones… Porque, vamos a ver, ¿qué podía probar él? Siempre se ha basado en suposiciones, nunca en hechos

demostrables.

—Estamos en su poder —se lamentó Olivia, a la vez que escondía la cara entre sus manos.

—Algún día nos libraremos de él, os lo aseguro —exclamó la menor de las hermanas con acento lleno de resolución.

—¿Y Jonathan? —preguntó June.

—Jonathan seguirá el mismo camino que su amo —contestó Ruth.

CAPITULO XI

La conversación había resultado en parte enigmática para Ellis, pero también le había hecho conocedor de algunas cosas interesantes. Ahora podía darse cuenta de que Warburton sometía a chantaje a las tres hermanas.

Era preciso tener en cuenta que eran poseedoras de una fortuna inicial de seiscientos mil dólares, producto de las pólizas de seguro de sus esposos. Pero también parecía lógico pensar que una buena parte de la fortuna se hubiera consumido por Warburton en sus experimentos.

Y ellas no podían evitarlo, según todas las apariencias.

Las tres mujeres se habían retirado ya. Ellis se deslizó cautelosamente hasta la fachada posterior de la casa, donde había creído ver un ligero resplandor.

La luna estaba a punto de alcanzar su fase de plenilunio. El resplandor era muy intenso.

Ellis dio la vuelta a la esquina posterior. A través de un hueco de la pared salía un rayo de luz.

La ventana estaba protegida por cortinas, no del todo corridas. Ellis apreció que los cristales estaban bajados. De pronto, Warburton apareció en su campo visual, con una jeringuilla de inyecciones en la mano.

El doctor desapareció de su vista. Instantes después, volvió a verle.

Ellis se sentía nervioso. ¿Qué diablos estaba haciendo Warburton en su laboratorio?

Conocía de sobras la ley. Tenía la seguridad de que lo que hacía Warburton no era nada bueno. Pero no había pruebas concretas que le permitieran solicitar un mandamiento de registro.

De repente, percibió un débil olor en las inmediaciones.

Era un olor dulzón y repugnante a un tiempo. Ellis sintió que se

le erizaban los cabellos.

Volvió la cabeza. La araña gigante estaba allí, parada a cuatro o cinco pasos de distancia.

Ahora, con la luz de la luna, podía verla con todos los detalles. Era un animal de pesadilla, con el cuerpo de un pavo y las patas tan gruesas como el antebrazo de un niño de diez años, ninguna con menos de un metro de longitud.

Los ojos del colosal artrópodo brillaban fosforescentemente, con un color blanco-rosado que daba pánico. Ellis sintió fija en él aquella demoníaca mirada y, durante unos segundos, se sintió como hipnotizado, incapaz de reaccionar.

Aquello que tenía frente a sí no era un disfraz, era un auténtico monstruo. Dudaba mucho de sobrevivir si era atacado.

Retrocedió lentamente. La araña avanzó un paso.

Ellis sacó el revólver. De súbito se oyó una voz:

—¡«Susie»! ¿Dónde estás? Maldita seas, te has escapado otra vez… «Susie», «Susie»…

Se oyó un ligero silbido, de extrañas tonalidades. La araña, inexplicablemente, dio media vuelta y se alejó trotando.

Al otro lado de la esquina, Warburton dijo:

—Ven, «Susie», cariño, vamos, vamos, no seas mala… Ya sabes que no debes salir de casa mientras yo no te lo permita… Mientras no haya presas para ti… y ahora tienes el estómago lleno…

Ellis creyó desmayarse al oír aquellas frases, que le parecían producto de la mente de un loco. Pero, rehaciéndose, avanzó de puntillas hacia la esquina.

Allí, la luz de la luna era más intensa. Warburton y la araña caminaban juntos…, como lo habrían hecho un hombre y su perro fiel.

El hombre y la araña desaparecieron a través de una puertecita lateral. Ellis se pasó una mano por la cara. Entonces se dio cuenta de que sudaba copiosamente.

Ya no quiso ver más. En silencio, sin hacer el menor ruido, alcanzó su automóvil.

Para una eventual retirada rápida, lo había dejado vuelto hacia Hynorad. El camino hacia allí era una leve pendiente. Ellis puso la palanca de cambio en punto neutral y soltó el freno de mano.

Ahora había un silencio absoluto. El ruido del arranque del

motor podía llegar muy lejos. También a la ida, pero los ocupantes de la casa estaban cenando, entretenidos con su conversación, y no habían reparado en el sonido del automóvil al acercarse.

Trescientos metros más adelante, accionó la llave de contacto. El motor respondió satisfactoriamente.

* * *

—La araña gigante existe —dijo Ellis a la mañana siguiente.

Estaba desayunando en la sala, junto con Spring, ya repuesta del susto de la víspera. Ella le miró atónita.

—Nevil, ¿cómo puede decir una cosa así? —inquirió.

—Muy sencillo. La vi a cinco pasos de distancia, con tanta facilidad como la estoy viendo a usted ahora mismo. Y no era «Jessie» disfrazada, puedo asegurárselo.

—Me siento consternada —declaró Spring, quien se daba cuenta de que no podía dudar de las palabras de su interlocutor—. ¿Cómo llegó a verla?

—Es muy sencillo. Después de cenar, hice una excursión a MacIntosh House. Y le aseguro que escuché cosas muy interesantes. Una de ellas es referente a las tres hermanas. Están prisioneras de Warburton y Jonathan no es su criado, sino su guardián.

—¿Prisioneras? —repitió Spring.

—Sí. Han hecho algo, Warburton lo sabe y se aprovecha para tenerlas sujetas a su voluntad.

—¿Qué es lo que han hecho, Nevil?

—A mí no se me ocurre más que una cosa: el accidente de los esposos no fue tal.

—Asesinato.

—Triple asesinato. Y doscientos mil dólares de premio para cada una de las asesinas, Spring.

—No hay pruebas…

—A nosotros nos interesan las pruebas del asesinato del doctor Poulsen —declaró Ellis—. Y es probable que hoy mismo las consigamos.

—Si se encuentra el cadáver del doctor, acusaré a Warburton oficialmente.

—Si lo encontramos, antes de hacer nada me permitirá hablar con Ruth. Tengo la impresión de que se ha visto envuelta contra su

voluntad en los acontecimientos.

Spring le miró socarronamente.

—Le gusta, ¿eh? —dijo.

—Spring, por favor…

—¿Y qué tendría ello de particular? Ruth es joven, bonita y libre.

—Como usted.

—A mí me falta el atractivo que tienen todas las viudas jóvenes y guapas —respondió ella mordazmente.

—También le falta otra cosa.

—¿Sí? Dígame, por favor —solicitó Spring con aire desafiante.

—Sentido del humor —masculló Ellis.

Spring se puso muy colorada. Fue a decir algo, pero, en aquel momento, se oyó el clásico ruido de un coche al frenar.

El vehículo se había parado frente a la casa. Ellis miró a través de la ventana y exclamó:

—¡Por fin! ¡Ahí llega Mike Parrow!

* * *

Equipado con el traje de buceo, Parrow contempló la tranquila extensión de agua verdosa que cabrilleaba entre los árboles. La crecida había disminuido y el nivel del río era ya casi el normal.

—No va a resultar fácil —dijo Parrow dubitativamente.

—Los anteriores intentos fracasaron —recordó Spring.

—¿Qué zona exploraron? —preguntó Ellis.

—Todo —contestó ella escuetamente.

—Está bien. —Parrow se volvió hacia el joven—. Sargento, si fracasamos… el jefe le arrancará la cabellera.

Ellis sonrió débilmente.

—No faltan obras públicas, en las que constantemente se necesitan peones para picar piedra —dijo—. Mike, empiece ya.

Parrow se ajustó la máscara y se puso la boquilla. En la mano derecha llevaba una potente lámpara eléctrica, alimentada por batería, a fin de conseguir una autonomía total durante el buceo.

Ellis estaba igualmente equipado. Descendería al fondo del embalse, cuando Parrow se sintiera fatigado.

Por el momento, no tenían nada que hacer, salvo esperar. Ellis se sentó sobre la hierba. Spring lo hizo a su lado. De pronto, hizo

algo con las manos y Ellis, comprendiendo, buscó el tabaco.

Fumaron en silencio durante un buen rato. De cuando en cuando, veían ascender algunas burbujas a la superficie.

Transcurrió media hora. Ellis consultó su reloj sumergible.

—Mike está efectuando ya la descompresión —calculó.

De repente, algo asomó a la superficie, se agitó unos momentos y luego derivó lentamente hacia la presa.

—¡Una boya! —exclamó Ellis, muy agitado.

Spring sintió que su corazón latía con fuerza.

—Eso significa una cosa —dijo.

El hilo que sostenía la boya, que no era otra cosa que un pequeño globo de hinchado automático, la retuvo antes de que tocase el muro interno del pequeño embalse. Todavía hubo de transcurrir un buen rato antes de que la cabeza de Parrow asomase a la superficie.

Parrow se quitó la boquilla.

—¡He encontrado un cadáver! —Anunció, mientras nadaba hacia la ribera—. Parece ser el del doctor Poulsen.

Ellis ayudó a Parrow a salir fuera. Spring se acercó con un termo que contenía café caliente.

—¿Pudo distinguir algún detalle fisonómico, Mike? —preguntó.

—Lleva ya seis semanas en el fondo del río, pero me pareció un hombre de unos cincuenta años.

—Thames tenía también una edad parecida —murmuró la joven.

—Pero el cuerpo que yo he visto tiene una cuerda o un cable amarrado a la cintura. Estaba casi totalmente oculto por el limo, debajo de un saliente rocoso, situado absolutamente en el fondo —explicó Parrow.

—¿Ha visto el lastre, Mike? —inquirió Ellis.

—No. Y, además, vi otra cuerda muy larga, atada también a la cintura. No me explico qué objeto puede tener, sargento.

Ellis reflexionó unos instantes. Luego dijo:

—Mike, séquese las manos. Quiero que trace un croquis que represente, aproximadamente, una sección vertical de la presa y su basamento, en el punto donde ha encontrado el cadáver. —Se volvió hacia la joven—. Sospecho que es el cuerpo de Poulsen.

—¿Por qué, Nevil? —Se asombró Spring.

—Lo sabrá dentro de unos minutos.

Parrow se sentó en el suelo, con el cuaderno que Ellis le había dado situado sobre sus rodillas. Al cabo de un rato, entregó el cuaderno a su dueño.

—Ahí está, sargento.

Ellis estudió el dibujo durante unos instantes.

—Ya no hay duda posible; es Poulsen —afirmó.

—A ver, explíquese —pidió la joven.

—Tiene que ser Poulsen. Thames, una vez muerto, debió de ser transportado hasta MacIntosh House, donde harían desaparecer el cadáver. Thames murió, atacado por «Susie». Pero Poulsen había examinado el cadáver de Johnny Kincaid y sus declaraciones podían resultar comprometedoras. Le golpearon en la cabeza y lo arrojaron al río, después de lastrar su cuerpo adecuadamente. Además, ataron una cuerda larga a su cintura.

—¿Para qué, Nevil?

—Simplemente, para arrastrar el cuerpo, cuando ya había tocado fondo, y situarlo en el lugar que se presumía más inaccesible.

—Muy ingenioso —calificó Spring.

—Diabólicamente ingenioso. Además, era necesario que no apareciese el cadáver.

—¿Por qué, Nevil?

—Tendrá una herida en la cabeza. Eso descarta por completo la hipótesis del accidente. Y, por cierto, vamos a volver a Hynorad y regresar aquí con mucho hielo, cantidades ingentes de hielo.

Spring sintió un escalofrío.

—Comprendo —murmuró—. Pero ¿quién hará la autopsia?

—Parrow se llevará el cadáver en su furgoneta al lugar donde podrán realizar esa operación con todas las garantías —respondió Ellis. De pronto, pareció sentirse preocupado—. ¿Cómo pudo el asesino saber que había un sitio en el fondo dónde podría esconder a su víctima en la seguridad de que el cuerpo no sería encontrado jamás?

CAPITULO XII

Parrow se había marchado ya con el irreconocible cadáver del doctor Poulsen, bien envuelto en hielo. La labor de rescate no había resultado particularmente agradable ni tampoco fácil, ya que, a fin de evitar la publicidad, habían intervenido los tres únicamente, sin pedir más ayuda.

Spring se había mareado al ver el cadáver. Ellis la apartó a un lado, mientras, en unión de Parrow, se dedicaba a la macabra tarea de envolver el cuerpo en abundante hielo. Apenas terminada la operación, Parrow partió hacia la capital del Estado.

Al día siguiente, por la mañana, Ellis se encaminó al molino.

Bascomb le recibió con amabilidad, pero preocupado.

—El señor Rutledge no ha dado señales de vida —informó—. Temo por su vida.

Ellis asintió.

—Yo también, aunque, por el momento, no vamos a discutir ese asunto. Burt, quiero hacerle algunas preguntas. —Sacó su documentación y se la enseñó al hombre—. Por supuesto, le ordeno guarde absoluto secreto.

—Sí, señor —contestó Bascomb—. Estoy a su completa disposición, sargento.

—Muy bien, Burt. Empecemos, pues. ¿Hay, en alguna parte, planos de la construcción de la presa? Tengo entendido que es relativamente reciente, de hace unos veinte años, más o menos.

—Veintidós, sargento —puntualizó Bascomb—. Y los planos y los informes del ingeniero se guardan todos en mi despacho.

—Vamos allá.

Entraron en el molino. Ellis percibió el sordo zumbido de la maquinaria, mientras cruzaban un largo pasillo, al final del cual había una puerta.

Bascomb se dirigió a un armario de tipo corriente. Abrió la

puerta y, casi en el acto, lanzó una exclamación:

—¡No están!

Ellis respingó.

—¿Qué dice, Burt?

Bascomb se volvió hacia él.

—Los planos y el cuaderno con el informe y descripción de las obras —respondió—. Siempre han estado aquí, se lo aseguro.

Ellis se acercó al armario.

—Burt, los planos, por lo menos, no es cosa que una persona se pueda llevar debajo de la chaqueta —dijo.

—En eso tiene usted razón, señor. Eran varias hojas de papel, de gran tamaño, y estaban todas enrolladas y guardadas dentro de un tubo de cartón. El cuaderno estaba sujeto al tubo con una cinta de seda roja.

Ellis entornó los ojos.

—La cerradura está bien, supongo —dijo.

—Nunca he cerrado el armario con llave. ¿Para qué, si no había nada de valor?

—Quizá el señor Rutledge…

Bascomb negó con vigorosos movimientos de cabeza.

—No. Nunca le interesaron. A él sólo le interesaba una cosa: el dinero que obtenía del molino y de la central de fuerza.

—Ya. Pero… alguien tenía que conocer la existencia de los planos, supongo.

—Aguarde un momento. Hace algún tiempo, una persona me pidió los planos. Como no vi ningún pecado en ello, se los dejé y…

—Dígame el nombre de esa persona, Burt.

—El doctor Warburton.

Ellis sonrió.

—No me extraña en absoluto —dijo—. ¿Por qué le pidió los planos?

—Bueno, dio unas explicaciones muy confusas… algo de medicina, geología… qué sé yo. Tampoco me interesaba mucho, la verdad.

—Sí, buscaría un pretexto cualquiera. Por favor, Burt, dígame la fecha en que Warburton le pidió los planos.

—Bueno, yo diría que hace unas siete u ocho semanas.

—Después de la muerte de Johnny y antes de que Poulsen se

ahogara.

—Sí, señor, justamente entre esas dos fechas —confirmó Bascomb.

—Gracias, Burt. Y ahora, por favor, la última pregunta: ¿Había algún estudio geológico del lugar donde fue asentada la presa?

—En efecto, sargento, muy minucioso y detallado y con abundantes dibujos. La presa se construyó a conciencia y, antes de iniciarse los trabajos, vinieron dos buzos que estuvieron explorando el lecho del río durante bastantes días. El ingeniero quedó muy satisfecho de su labor…

—Mil gracias por todo, Burt.

* * *

Ahora, se dijo Ellis, mientras regresaba a la ciudad, el problema consistía en hablar con Ruth a solas.

Cuando volvió a la ciudad, Spring le recibió en su despacho oficial.

—Tengo dos mensajes para usted —manifestó.

—Empiece —sonrió él.

—Primero, un examen superficial del cadáver de Poulsen indica que fue golpeado en la nuca. Hay claros indicios de fractura del cráneo.

—Ha telefoneado Mike, ¿eh?

—Sí. Segundo mensaje: Ruth quiere verle. Desea que vaya a tomar el té con ella.

El joven se quedó parado.

—¿Quién le ha dado el mensaje? —preguntó.

—Ella misma, por teléfono.

—¿Hoy?

—Sí.

Ellis meditó un instante. Luego, de pronto, se sentó ante la mesa.

—Papel y pluma, por favor —pidió.

Spring atendió los deseos del joven. Ellis escribió durante unos minutos y, al fin, entregó la cuartilla a la muchacha.

—Léala y guárdela —indicó.

Spring paseó la vista por los renglones escritos. Al terminar, se estremeció.

—Nevil, no vaya —dijo.

—Es mi obligación, Spring.

—Pero puede ocurrirle algo…

—Son los riesgos de la profesión. De nuestra profesión —dijo él, sonriendo.

Spring se mordió los labios.

—Debiera retirarle la autorización para actuar en mi jurisdicción —dijo.

—Entonces, llamaría al *sheriff* del condado.

—Sí, me lo imagino. Ande, vaya… y cuídese mucho, Nevil. Sobre todo, piense que, pese a su figura, Ruth es una araña. Como las otras dos.

—Vamos, vamos, Spring, no sea supersticiosa.

—Usted no vio al pobre Johnny…

—Pero vi a Jack Thames, que es lo mismo. Además, ahora hay pruebas de que Poulsen murió asesinado.

—Sí, pero no hemos encontrado las que nos permitirían detener a su asesino.

—Las encontraré. Ah, quiero decirle una cosa, para tranquilizar su ánimo, Spring.

—¿De qué se trata, Nevil?

—La casa, a pesar de la apariencia de su fachada, no es de carne.

—Pero usted dijo que el tacto de las paredes era el mismo que el de una cosa tibia y algo blanda…

—¿No ha visto los objetos delicados que van protegidos por cajas de poliuretano? Es ese plástico con el que se hacen decorados de castillos, piedras viejas y demás, ligero como el aire y fácil de cortar y moldear mediante una sierra. Luego se pinta del color que se desea…

—Sí, es cierto; y siempre que se toca un trozo de ese plástico, se nota cierto calorcillo.

—Justamente. Las paredes internas de MacIntosh House están recubiertas de grandes planchas de poliuretano, convenientemente pintadas del mismo color que las piedras de la fachada.

—No entiendo. ¿Por qué han hecho eso?

—El poliuretano es también aislante. En invierno, MacIntosh House debe de ser terriblemente fría, aún con una buena calefacción. Ese recubrimiento obviará tal inconveniente. —Ellis sonrió—. Por tanto, no hay razón alguna para suponer que esa casa

sea de carne… y que esté dispuesta en todo momento a devorar y digerir sus presas.

* * *

Ellis detuvo el coche frente a la casa y se preguntó si aquel horrible edificio no era una cosa viviente.

Las dos parejas de ventanas del piso superior, grandes, espaciosas, tenían forma de arco de medio punto. Cada ventana individual, por tanto, era un cuarto de arco, y cada medio arco estaba protegido por un pequeño alero que sobresalía de la fachada unos treinta centímetros.

Los dos aleros eran las cejas. Los faroles que había sobre la puerta eran los orificios nasales y la puerta era la bocaza dispuesta a devorar la presa incauta que cayera en sus mandíbulas.

Jonathan abrió la puerta casi antes de que la alcanzase. El criado sonrió ampliamente. Durante una fracción de segundo, Ellis vio el horrible muñón que había en el sitio que debía ocupar la lengua.

Entró en la casa. Jonathan le condujo a la sala que ya conocía. Ellis sacó un cigarrillo y lo encendió.

Ruth apareció a los pocos momentos, hermosa y seductora como siempre. Tendió la mano al joven y éste, galante, se inclinó para besarla.

Ella se ruborizó levemente.

—Gracias por haber aceptado mi invitación —dijo.

—No me hubiera perdonado rechazarla. En realidad, lo estaba deseando —contestó él.

Ruth rió mientras llenaba dos copas.

—Pensé que me había invitado a tomar el té —comentó Ellis.

Ruth se volvió hacia el visitante, sonriéndole con expresión seductora.

—Podemos tomarlo más tarde —alegó.

En realidad, a Ellis le era indiferente. Probó un sorbo del licor. Ruth, entretanto, se había sentado en un diván, en actitud deliberadamente provocativa.

—¿Tiene miedo de mí, Nevil? —preguntó.

—¿Dirán algo sus hermanas?

—Vivimos juntas, pero cada una tiene plena libertad de acción

con respecto a las demás. Ande, siéntese. ¿O me tiene miedo?

—¿Qué hombre no teme a una mujer hermosa?

Ella volvió a reír.

—Tiene usted la respuesta adecuada para cada ocasión —dijo—. Pero quizá sigue pensando en mí como una araña. ¿Le dura aún la pesadilla de la noche de la tormenta?

Ellis tomó un sorbo y se sentó junto a la joven.

—Ruth, ¿quién ha «construido» a «Susie»? —preguntó de súbito.

Hubo un instante de silencio. Ruth había abandonado su actitud supuestamente lánguida y ahora estaba rígida, tensa, inmóvil, excepto el pecho, que subía y bajaba con cierta rapidez.

—No conozco a «Susie» —respondió al cabo.

—¿Por qué trata de mentirme? «Susie» existe, usted lo sabe tan bien como yo. He visto a la araña gigante dos veces… y no es el disfraz que a veces ponen ustedes a «Jessie».

—Creo que sabe demasiadas cosas, Nevil.

—También sé que usted no está a gusto aquí. Teme que esta casa la devore algún día. Y teme y detesta a Warburton. ¿No es cierto? ¡Confiéselo, Ruth!

La joven aparecía muy agitada. De pronto, se puso en pie.

—Esta maldita casa es un ser vivo. Acabará devorándonos a todos —exclamó—. Toque la pared, Nevil; es tibia, blanda…, como la carne de un ser humano…

—Se trata solamente de un revestimiento térmico. Poliuretano, con una hábil pintura que imita a las piedras del exterior. La casa no devorará a nadie; en todo caso, son sus habitantes quienes devorarán a otros…, como ya lo han hecho.

—¿Nos acusa de crímenes?

—¿Qué ha sido de Fred Rutledge? Estaba invitado a tomar el té con June el día de la tormenta. Ya no ha vuelto a ser visto en Hynorad y nadie sabe de él.

—Usted estaba aquel día en la casa. Si Rutledge hubiese acudido, lo habría visto durante la cena. Lo mismo que usted, debería haber pasado la noche aquí, ¿no cree?

—Ruth, ¿trata de encubrir a June?

Hubo un instante de silencio. De pronto, Ruth se llevó la copa a los labios y bebió su contenido de un golpe.

—June no mató a Rutledge —dijo por fin.

CAPITULO XIII

Ellis paladeó con cierta lentitud el licor de su copa. Tenía un sabor algo extraño, apenas perceptible, pero no parecía *whisky* totalmente puro.

Se preguntó si habría alguna droga en el licor. Quizá eran aprensiones suyas, pensó.

—De modo que Rutledge está muerto —habló después de unos instantes de silencio.

—June no le mató —repitió Ruth obstinadamente.

—Pero ha muerto.

Ella se pasó una mano por la frente.

—No puedo hablar —murmuró—. Créame, no puedo.

—¿A quién teme usted, Ruth?

Ellis se puso en pie y se acercó a la joven.

—Vamos, franquéese conmigo. Si no es culpable, no tiene nada que temer —dijo con acento persuasivo.

Ruth le miraba de un modo extraño. Vestía enteramente de negro, blusa y pantalones muy ajustados, con zapatillas del mismo color. La blusa tenía un escote muy pronunciado en V, pero sus mangas eran largas hasta las muñecas.

—Nevil, ¿conoce nuestra historia? —preguntó.

—Tres hermanas, casadas con tres hermanos, los cuales murieron simultáneamente —dijo él.

—Fue un asesinato.

—¿Quién los mató?

Ruth hizo un movimiento con la cabeza, señalando hacia la puerta.

—Ellas —dijo en voz muy baja—. Lo planearon bien, no se pudo demostrar que fuese un crimen.

—Y usted, ¿no hizo nada para evitarlo?

—Me enteré ya demasiado tarde. ¿Iba a denunciarlas?

—Evidentemente, no, y más pensando en el sustancioso seguro de vida que cobraron cada una de las tres —contestó Ellis.

—Son mis hermanas. No podía denunciarlas —insistió Ruth.

—Pero ¿por qué los mataron?

—Estábamos condenadas a muerte. Padecemos una enfermedad hereditaria, incurable.

Ellis respingó.

—¡Ruth! No es posible creer una cosa así —exclamó—. Usted es la viva estampa de la salud…

—Gracias al doctor Warburton. Su tratamiento ha anulado prácticamente los efectos de la enfermedad…, pero es muy costoso, además de largo.

—Eso no es lo que escuché yo noches atrás —alegó el joven.

—¿Cómo? Usted oyó…

—Sí, Ruth. Fue cuando dijo que la casa las iba a devorar. Y también dijo que estaban en poder de Warburton y que un día acabarían con él. Eso no concuerda demasiado con lo que acaba de expresar.

—Estamos curadas. El continúa explotándonos. Ni mis hermanas ni yo acabamos de ver una solución para esta terrible situación.

—¿He de deducir que Warburton sabe que las muertes de los tres hermanos Scull fueron un crimen y no un accidente?

—Sí, Nevil —confesó Ruth.

De pronto, lanzó un gemido y se colgó del cuello del visitante.

—Oh, soy tan desgraciada… —gimió.

Ellis se sentía parado.

—En plena juventud, todavía deseable… —se lamentó Ruth—. Y he de permanecer encerrada en esta casa, odiada por todos, considerada como una araña…

Extrañas imágenes se formaron de repente en los ojos de Ellis. Las paredes parecieron adquirir movimiento, como si fuesen la epidermis de un gigantesco animal, agitada por la acción de los músculos subcutáneos. Los brazos que tenía en torno a su cuello empezaron a convertirse en miembros velludos, de los que se desprendía un olor dulzón y acre a un tiempo.

Más brazos peludos surgieron de los costados de Ruth. Su cabeza, pero no su rostro, sufrió una horrible transformación. Era la cabeza de un arácnido, con el rostro de una mujer encantadora. Y

los labios de aquel espantoso animal buscaron con avidez los suyos.

Ellis trató de resistirse. Vagamente, comprendió que se hallaba bajo los efectos de la droga contenida en el *whisky*. Era una alucinación, no cabía la menor duda.

De repente, se encontró tendido en el suelo. La araña estaba sobre él.

Y ya no había en ella el menor rastro de unas bellas facciones.

A poca distancia de su cuello, tabletearon siniestramente unos afilados artejos. El olor del arácnido era insoportable.

Ellis se sintió morir. Desesperadamente, hizo un esfuerzo y consiguió empuñar el revólver. Al mismo tiempo, hizo fuerza con las piernas y despidió a la araña a varios pasos de distancia.

Luego, todavía sintiendo unas horribles náuseas, disparó tres veces muy seguidas. El animal parecía dispuesto a lanzarse de nuevo al ataque, pero las balas le alcanzaron en los centros vitales y se desplomó instantáneamente.

Hilos de un repugnante líquido, que despedía un nauseabundo olor, brotaban de los orificios abiertos por los proyectiles. Con un tremendo esfuerzo de voluntad, consiguió ponerse en pie.

La puerta de la sala se abrió repentinamente.

—¡Señor Ellis! —Gritó Warburton—. ¿Qué le ha hecho usted a mi «Effie»?

Ellis miró al científico con ojos extraviados. ¿Dónde estaba Ruth?, se preguntó mentalmente.

—¿«Effie»? —repitió—. Creí que era «Susie»…

Warburton lanzó una exclamación de rabia.

—De modo que lo sabe —dijo.

Ellis no contestó. Sentía necesidad de despejarse la cabeza. La cantidad de droga ingerida no había sido excesiva. Pero ¿por qué se la había propinado Ruth? ¿Con qué turbios propósitos?

Sobre la consola había, además de las botellas, un par de sifones. Agarró uno y se regó la cara con prodigalidad. La frescura del líquido contribuyó notablemente a despejar su mente.

—Doctor Warburton —dijo, con voz ya más firme—, es hora de que hablemos con absoluta claridad.

Warburton le miró un instante. Luego, de pronto, dio media vuelta.

Pero se paró en el acto.

—Doctor, tengo todavía tres cartuchos en el tambor del revólver y más balas de repuesto en los bolsillos —dijo Ellis secamente—. Vuélvase o dispararé.

* * *

Warburton giró lentamente, tembloroso de rabia.

—Usted no tiene derecho…

—En su día, dispondrá de un abogado, quien presentará todas las demandas que estime justas, si cree que he obrado ilegalmente. Pero me parece que el autor de más de un asesinato no obtendrá demasiados beneficios con mi posible procesamiento.

—No soy un asesino…

—Mató al doctor Poulsen, porque descubrió las verdaderas causas de la muerte de Johnny Kincaid. Poulsen sintió miedo de su descubrimiento y, estimando que no sería creído, prefirió callar. Pero usted no estaba seguro y fingió el accidente en la presa del molino.

—No he estado nunca allí —dijo Warburton altivamente.

—De un modo visible, una vez. Me lo dijo Bascomb, el encargado del molino y de la central de fuerza. Y en otra ocasión, pero ya sin ser visto, estuvo para llevarse los planos de la presa y conocer así mejor el lugar más adecuado para que el cuerpo de Poulsen no fuese encontrado jamás. Y para su conocimiento, le diré que el cadáver de Poulsen está ya en la capital del Estado, en donde han encontrado la fractura del cráneo que usted quiso ocultar.

—No pueden probar que yo…

—Lo veremos, doctor. Pero cuando se haga un registro a fondo de esta casa, encontraremos los restos de Rutledge y de Jack Thames, éste, el vagabundo atacado y muerto por una de sus arañas gigantes, «Effie» o «Susie», tanto da. ¿Qué ha hecho con esos cuerpos? ¿Acaso experimentos diabólicos surgidos de su mente enferma?

El rostro de Warburton aparecía deformado por la ira.

—No lo repetirá a nadie —dijo.

—Las telas de araña gigante no eran construidas por los arácnidos. Estaban atadas en parte y luego (¿me equivoco?) impregnadas de una sustancia pegajosa y urticante. ¿Por qué lo hacía, doctor?

Warburton sonrió.

—Cada animal necesita desarrollar sus instintos —respondió—. No podía permitir que estuvieran días y días fuera de la casa tejiendo su tela de araña. Se la construía yo y las conducía allí. Nunca le faltaban presas: algún zorro, un pájaro, un cordero…

—Y seres humanos también.

—Si hay sangre caliente, la araña no hace distingos.

—¿Ha conseguido domesticarlas?

—Puesto que sabe tantas cosas, dese usted mismo la respuesta —dijo Warburton cínicamente.

—La araña que envió a Spring Murphy, con el anónimo, era, seguro, otra de sus obras.

—Debió de asustarse mucho, ¿verdad? Pero el veneno de «Bonnie» no era mortal, aunque sí de efectos muy dolorosos.

—Parece ser que no le gustaban las investigaciones del *marshall*. Usted no es tonto; tiene que darse cuenta a la fuerza que un día u otro se sabría todo lo que ha pasado aquí.

—Pero ya no me encontrarán. Mis experimentos están prácticamente terminados. Me iré y nadie me hallará jamás.

—No se irá, doctor. Recuerde esta pistola.

Warburton sonrió desdeñosamente.

—No le servirá de nada —dijo.

—Muy seguro está de ello, doctor.

—Segurísimo, señor Ellis.

De repente, Ellis presintió la inminencia de un peligro.

Quiso volverse. Ya no tuvo tiempo.

Un brazo de color oscuro, pero no velludo, se enroscó en torno a su cuello. Al mismo tiempo, una mano de dedos de hierro asía su muñeca y la sacudía con tremenda fuerza, hasta conseguir que el revólver saliera disparado por los aires.

Ellis forcejeó. Pero el brazo que ceñía su cuello aumentó su presión.

—Bravo, Jonathan —exclamó Warburton.

Ellis lo vio todo oscuro. De repente, perdió el conocimiento.

* * *

Una horrible duda torturaba su mente.

La araña contra la cual había disparado, ¿era Ruth transformada

en aquel repugnante ser?

Fue lo primero que se preguntó cuando recobró la consciencia. Quiso moverse, pero se encontró que estaba atado a alguna parte.

Poco a poco, recobró la normalidad, aunque persistía el dolor del cuello. El olor ya tan conocido llegó a su pituitaria.

La cabeza, sin embargo, no estaba sujeta, aunque la primera de las correas pasaba justo por los hombros. Había otra en el pecho, una tercera en los muslos y la cuarta en los tobillos.

Estaba en una especie de mesa, sólidamente anclada al suelo, según estimó. Pero podía alzar un poco la cabeza y girarla a ambos lados.

Entonces vio…

La habitación era muy amplia, cálida casi hasta la asfixia. A su derecha vio una batería de jaulas de distintos tamaños, cada una de las cuales contenía un arácnido.

Las arañas eran, asimismo, de diferentes dimensiones. Algunas resultaban invisibles; otras eran tan grandes como «Effie» o más quizá.

El olor era insoportable, nauseabundo.

Ellis divisó también una mesa con aparatos de vidrio, que le parecieron situados allí para destilar algo. La mesa estaba casi frente a él.

Luego volvió la cabeza al lado opuesto.

Entonces vio a «Susie».

Estaba en una jaula de enrejado de alambre, capaz de contener a un ternero. Aquella visión, con los sentidos normales, resultaba horripilante.

A Ellis le pareció, incluso, que «Susie» había aumentado de tamaño. El cuerpo, con el cefalotórax y el abdomen, era el de un cordero en cuanto a volumen. Las patas tenían unas dimensiones proporcionadas.

«Susie», sin embargo, parecía muy tranquila. Ellis supo bien pronto la causa, cuando vio el cuerpo inmóvil de una gallina en un rincón de la jaula.

«Susie» estaba en plena digestión.

Cerró los ojos un instante. ¿Qué pretendía aquel loco con sus infernales experimentos?

Había algo que torturaba su imaginación. Ruth le había invitado

a beber. Al cabo de unos minutos, la droga, seguramente alucinógena, le había hecho ver extrañas visiones.

Pero las visiones se habían convertido en realidad. ¿Había huido Ruth, aterrada por la inesperada presencia del arácnido gigante?

Y si era así, ¿dónde estaba? ¿Dónde estaban June y Olivia?

La puerta de la estancia se abrió de pronto. Ellis volvió la cabeza.

Warburton entró, sonriente.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó.

—Por lo menos, he recobrado el conocimiento.

—No está mal. —Warburton se acercó a la mesa y contempló especulativamente a su prisionero—. Me pregunto si dará resultado el tratamiento.

Ellis sintió un terrible escalofrío.

—¿Qué tratamiento? —preguntó.

—El mismo que sufrió Rutledge. Con él, sin embargo, fracasé —respondió Warburton sin pestañear.

—Y murió.

—Lamentablemente, así fue.

—¿Quemó después su cadáver?

—Está convertido en partículas gaseosas, mezclado para siempre con la atmósfera.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Warburton se fue hacia la mesa y empezó a manipular en una jeringuilla de inyecciones.

—Usted tiene diez años menos que Rutledge y sobrevivirá —dijo—. Además, Rutledge era pura fachada, con menos fuerza de la que aparentaba y, por si fuese poco, había padecido un par de enfermedades, una de ellas nada agradable de mencionar, que debilitaron considerablemente sus defensas orgánicas. Hablando con claridad: la sangre de Rutledge era notablemente impura.

—¿Y la mía?

—Creo que es del tipo ideal que ando buscando desde hace mucho tiempo —respondió Warburton, a la vez que empezaba a llenar una jeringuilla con un líquido oscuro, con reflejos rojizos.

CAPITULO XIV

—Bien —dijo Ellis—, pero todavía no he conseguido enterarme en qué consiste ese tratamiento. ¿Por qué no me lo dice de una vez, doctor?

Warburton parecía muy ocupado en llenar la jeringuilla con la dosis justa.

—Facilidad en la circulación sanguínea. ¿No se lo dije ya una vez, Ellis?

El joven no contestó por el momento. Creía haber hallado un punto débil en una de las correas que le sujetaban a la mesa, la segunda, que pasaba un poco más arriba de su cintura. Si conseguía liberar su mano, podría soltar las hebillas de metal.

Necesitaba una mano libre desesperadamente. De pronto, lo consiguió.

Warburton no lo había advertido todavía. De pronto, lanzó una maldición.

—¿Qué le ocurre, doctor? ¿Falla algo? —preguntó Ellis.

Furioso, Warburton tiró la jeringuilla a un rincón. El aparato saltó en mil pedazos. Luego mascculló algo que Ellis no consiguió entender.

—Doctor… —llamó el joven.

—Dígame —gruñó Warburton.

—¿Dónde están las señoras?

—No se preocupe por ellas. Están bien.

—¿Seguro?

Warburton se volvió hacia él.

—Le he dicho que su estado es perfecto. ¿Qué más diablos puede importarle?

—Oh, sólo era curiosidad… Estaban enfermas, ¿no?

—Una enfermedad hereditaria. Yo he conseguido curarla.

—¿Cómo, doctor?

—Usted ha oído hablar de que el veneno de las abejas posee ciertas propiedades curativas, en casos de reúma, por ejemplo. Asimismo, el veneno de las serpientes puede ser empleado en anestesia, como el curare.

—Sí, algo he oído hablar de eso.

—Las arañas también poseen glándulas venenosas, con las cuales paralizan a su víctima, o la matan, según los casos. Con un extracto de ese veneno, debidamente tratado, logré curar a esas tres mujeres.

—Ha debido de ser un tratamiento muy largo, ¿no es así?

—Pero tuvo éxito. Oiga, ¿por qué hace tantas preguntas?

—Curiosidad, doctor. Si voy a morir, ¿por qué tiene miedo de hablar?

—No es seguro que muera, Ellis.

—Usted no está aquí. De lo contrario, pensaría de modo muy distinto —dijo el joven—. ¿Se le escapan las arañas con mucha frecuencia?

—Las tengo domesticadas, pero a veces…

—Sí, aquella noche que usted corría detrás de «Susie» por el centro de la aldea. Yo lo vi; resultaba cómico, si no se pensaba en que usted perseguía a una araña gigante.

Warburton sonrió.

—Eso ha sido un capricho —dijo—. Las he hecho crecer artificialmente, mediante… Bueno, no lo comprendería usted ni aunque estuviese un año seguido explicándoselo. Uno puede permitirse esa clase de caprichos, ¿no cree?

—Sobre todo, si el dinero que se consume no es suyo.

Warburton se volvió hacia el joven.

—¿Qué está diciendo? —gruñó.

—Usted presiona a las tres hermanas, para que le den dinero. Sabía que dos de ellas, al menos, cometieron un crimen.

—Es cierto. June y Olivia mataron a los tres hermanos.

—¿Cómo lo supo usted?

—Yo era el forense del lugar donde ocurrió el accidente. Hice la autopsia. Encontré rastros de droga en tres estómagos. Los hermanos Scull solían viajar juntos. Cuando la etapa era demasiado larga, usaban su propio bar transportable en el coche. Encontré droga, repito, en los estómagos y en una de las botellas. Se alternaban en la conducción del automóvil. Quienquiera que fuese

el que conducía, habría bebido, como sus dos hermanos.

Ellis adivinó la verdad.

—Y usted calló entonces…

—Me pareció una buena ocasión. Pedí las botellas del bar portátil para examinar su contenido con los rastros hallados en las vísceras de los muertos. Naturalmente, la botella que contenía droga fue, oficialmente, tan inocua como las otras.

—Y luego buscó a las tres viudas…

—Me enteré también de su enfermedad. He conseguido curarlas. ¿No vale eso más que los seiscientos mil dólares que cobraron?

—Según se mire, claro. Doctor, ¿fue usted el que hizo tapizar la casa con esa sustancia que parece carne?

Warburton lanzó una risita.

—Es efectista, ¿verdad? —dijo.

Ya tenía la jeringuilla lista y se acercó a la mesa.

—Bueno, dentro de diez minutos sabré si ha dado resultado o no —añadió, a la vez que se disponía a limpiar con alcohol la piel del brazo izquierdo de su prisionero.

Entonces, una mano actuó con violencia y la jeringuilla saltó por los aires.

Warburton lanzó una espantosa maldición. La misma mano, a pesar de sus limitaciones de movimiento, le dejó sentado en el suelo, con un golpe bien aplicado al estómago.

Ellis sacó la mano izquierda y se libró de la correa de los hombros, lo que le permitió sentarse en la cama. Desató también la tercera correa, pero aún tenía los tobillos ligados a la mesa.

Bramando como un toro furioso, Warburton logró ponerse en pie. Era mucho menos fuerte que su prisionero. Tenía que dominarlo antes de que consiguiera librarse por completo de sus ataduras.

Con la vista, buscó una herramienta, algo que le sirviera para atacar a su enemigo. Ellis, mientras tanto, tenía ya los dedos ocupados en la cuarta hebilla.

De repente, se abrió la puerta de la estancia con gran estrépito.

Una horrible visión se apareció de pronto a los ojos de los dos hombres.

Jonathan, en pie bajo el umbral, les miraba con ojos desorbitados por el terror. Del lado izquierdo de su cuello brotaba

un chorro de sangre, que fluía con leves alternativas, acompasadas a los latidos de su corazón.

Era un espectáculo horroroso. De repente, Jonathan quiso decir algo, gritar, pedir ayuda, pero sólo brotó un ronco gemido de su boca sin lengua. Un instante después, se vino al suelo de bruces. Pataleó varias veces y luego, lentamente, se quedó inmóvil, mientras se desangraba por aquella horrible herida del cuello.

Warburton maldijo y se precipitó fuera. Ellis, reaccionando, terminó de desatarse y saltó al suelo.

En aquel instante, oyó ruido a sus espaldas.

Se volvió. «Susie», no sabía cómo, había abierto la puerta de su encierro y se disponía a salir.

Ellis se sintió lleno de pánico a la vista del monstruo en libertad. Estaba desarmado; su revólver había desaparecido tras el ataque del criado.

Retrocedió paso a paso. «Susie» se movía muy lentamente.

Ellis comprendió que la araña se sentía perezosa en plena digestión. Pero ello no podía ocultar la posibilidad de un ataque repentino.

Retrocedió paso a paso, sin perder de vista al gigantesco arácnido. Con los ojos, buscó algo para luchar, si era atacado.

De repente, divisó un gran botellón de vidrio, con tapón del mismo material. Levantó el tapón. El olor resultaba inconfundible.

Volvió a tapar el botellón. Siguió buscando. Sobre la mesa, encontró fósforos, de los que usaba Warburton para encender sus mecheros y hornillos.

De súbito, agarró el botellón con ambas manos y lo lanzó hacia adelante, procurando situarlo bajo el vientre del artrópodo. El recipiente se rompió con tremendo estrépito.

El alcohol se derramó inmediatamente. Ellis encendió un fósforo y lo arrojó también hacia adelante.

Una enorme llamarada surgió en el acto, casi abrasándolo. Ellis retrocedió, cubriéndose la cara con el brazo derecho. En el centro del devorador incendio, la araña se debatía furiosamente. Un horrible olor se extendió inmediatamente por la estancia.

Ellis continuó su retroceso. De pronto, cayó al suelo. Se levantó en el acto; había tropezado con el cadáver de Jonathan y, de un salto, pasó al otro lado. Súbitamente, oyó un agudo grito femenino:

—¡Nevil, Nevil!

* * *

Ellis alcanzó el vestíbulo. Sorprendentemente, Spring estaba allí, acompañada de dos vecinos del pueblo, armados con escopetas.

—¿Está bien, Nevil? —preguntó ella con ansiedad, casi colgada de su cuello.

—Sí…

—¡Hay fuego en la casa! —gritó uno de los hombres.

—Si se opera con cuidado, conseguiremos atajarlo —dijo Ellis—. Pero, de momento, dejen que el fuego siga un poco más.

Se volvió hacia la muchacha.

—Las arañas se queman —añadió.

Spring asintió.

—Un cazador me avisó que había oído tiros en la casa —explicó—. No se atrevió a llegar hasta aquí para averiguar lo que había pasado y vino a buscarme. Yo empezaba ya a sentirme inquieta por usted y decidí venir a investigar. ¿Qué le ha ocurrido, Nevil?

—Se lo explicaré más tarde —contestó él—. Jonathan ha muerto y el doctor Warburton ha debido de escapar…

Súbitamente, un horrible chillido descendió del piso superior.

Spring se puso muy pálida. Ellis alargó la mano hacia uno de sus hombres.

—La escopeta, por favor —pidió.

El arma pasó a sus manos. De una de las habitaciones del primer piso descendían unos gritos espantosos, mezclados con unos ruidos espeluznantes que no parecían salir de gargantas humanas.

Ellis emprendió la ascensión lentamente, con el índice dispuesto a presionar los dos gatillos. Llegó al corredor y se orientó por el lugar de donde brotaban los sonidos, cada vez más apagados.

Los gritos habían cesado ya. Paso a paso, Ellis se acercó a una puerta abierta. Entonces vio algo que le causó un choque fortísimo.

Warburton estaba tendido en el suelo, en medio de un lago de sangre. Tres horribles seres se movían sobre él, devorándolo o quizá…

Ellis no se atrevió a concretar sus pensamientos. Parecían arañas, pero no lo eran. Tampoco eran seres humanos.

Las telas de los vestidos habían sido rasgadas por los velludos

miembros de aquellos seres híbridos. Vorazmente, los tres monstruos mordían repetidamente en la ya inerte carne de Warburton.

De repente, una de las arañas humanas pareció presentir su presencia y alzó su cabeza.

Ya no había facciones humanas. Sólo quedaban dos ojos, que parecían implorar su perdón. Era Ruth, no cabía la menor duda, transformada en aquel espantoso ser, mitad mujer, mitad araña.

Ellis se sintió mareado. Sabía que le podía costar caro, que no debía hacerlo…, pero tenía un arma en la mano y la usó.

Spring y los dos hombres oyeron los estampidos del arma. Luego vieron a Ellis, terriblemente pálido, aparecer en lo alto de la escalera.

Uno de los acompañantes de la joven dijo:

—Vamos, hay que apagar el fuego.

Ellis extendió la mano izquierda.

—No, déjenlo. Es preciso que el fuego queme por completo esta casa maldita —decidió.

* * *

—He hablado con el dueño de la propiedad —dijo Spring al día siguiente—. Es un hombre muy comprensivo. Ha dicho que allanará el terreno con máquinas y lanzará las piedras y todo cuanto ha quedado de la casa al río. No quiere que quede el menor rastro de la Casa de Carne.

Ellis asintió. Estaba en la cama. Todavía se sentía enfermo después de lo que había visto el día anterior.

—Nevil, ¿qué les pasó a esas pobres mujeres? —preguntó la muchacha.

—No lo sé, probablemente no lo sabremos nunca —respondió Ellis—. Pero quizá el tratamiento de Warburton no estaba debidamente probado y obró en ellas efectos contrarios a los esperados, aunque, en apariencia, hubiese logrado curar su enfermedad. Pienso que la transformación en arañas era ya un estado latente en ellas, que se produjo de súbito, de una manera por completo inesperada. Por lo menos, una de ellas, Ruth, odiaba al doctor y quizá con sus últimos estertores mentales, vamos a llamarlo así, convenció a sus hermanas de que debían matar al

hombre que las había convertido en monstruos. Y a su ayudante, por supuesto.

—Es posible —convino Spring—. Pero Ruth trató de drogarle a usted…

Ellis no quiso decir que Ruth había tenido ciertos motivos al poner la droga en el licor. No era discreto hablar así a una muchacha como Spring.

—O tal vez fue Warburton quien lo hizo —dijo.

—Y ellas, ¿por qué mataron a sus esposos?

—Tengo la impresión de que tanto June como Olivia estaban más que hartas de unos maridos jaraneros y harto amigos de la diversión. Además, estaba el seguro de vida, no hay que olvidarlo. Ruth tal vez se opuso, pero el sentimiento de fraternidad resultó en ella más fuerte que el amor a su esposo.

—Es probable que fuese así —sonrió Spring—. Nevil, ¿qué piensa hacer usted ahora?

—Tengo que regresar a dar mi informe. Después, pediré unos días de descanso. Quizá vuelva a Hynorad.

Spring sonreía de un modo singular.

—Hynorad se pone muy bonito en el otoño —dijo—. Cuando no llueve, claro.

—Pero todavía estamos en el verano. ¿Va usted a bañarse al río?

—Alguna vez, Ellis.

—Vendré a pasar mis vacaciones. Ahora ya se puede ir al río. Llevaremos bocadillos y refrescos…

Los ojos de Spring chispearon de alegría.

—Procure no tardar, Nevil —rogó.

—Vendré lo antes que pueda —prometió él.

Sí, volvería a Hynorad donde, si había pasado por trances horribles, también podía encontrar algo que le hiciese sentirse feliz.

Alargó la mano. Spring le entregó la suya. A Ellis le pareció que aquel contacto sellaba el futuro para ambos.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.